

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**EN LA EVANGELIZACIÓN DE
AMÉRICA LATINA (siglos XVI y XVII)**

S. MILLÁN – 2023

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Evangelización de América.

Apariciones de la Virgen de Guadalupe.

Santos en Iberoamérica (siglos XVI-XVII).

San Juan Diego.

Mártires indios mejicanos.

Tres mártires jesuitas.

Los 52 mártires del Brasil.

a) El relato.

San José de Anchieta.

a) Cartas inéditas.

Santa Rosa de Lima.

a) Jesús Eucaristía. b) El Niño Jesús.

c) La Virgen María.

Santa Mariana de Jesús.

a) Ofrecimiento de su vida.

Beata sor Ana de los Ángeles.

Madre María de Jesús de Ágreda.

Beato Juan de Palafox

a) Su labor como Virrey.

Beato Sebastián de Aparicio.

Beato Junípero Serra

a) Misión de San Francisco.

San Martín de Porres.

a) Caridad con los hombres.

San Pedro Claver.

a) Carta a su Provincial.

Vble. P. Francisco del Castillo.

a) Relato autobiográfico.

San Pedro Betancur.

San Luis Bertrán.

a) Apostolado entre los indios.

b) Milagros. c) Otras maravillas.

San Francisco Solano.

a) Milagros en sus correrías.

Santo Toribio de Mogrovejo.

a) Cuando Sancho Dávila creyó muerto al arzobispo.

b) Con indios de guerra en Huancabamba.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este libro queremos exponer la vida de algunos santos que vivieron en Iberoamérica y evangelizaron a los nativos durante los primeros dos siglos a raíz del descubrimiento. Algunos son muy conocidos en la hagiografía mundial, otros no tanto, pero todos fueron como florones que Dios fue repartiendo por los diferentes lugares y países en que vivieron, derrochando amor a los indígenas y, en algunos casos, muriendo mártires por amor a ellos.

Ha habido muchos detractores sobre la obra misionera de España en América. Es cierto que algunos sacerdotes o religiosos no estuvieron a la altura de su misión o llevaron una vida indigna de su estado, pero la mayoría de ellos fueron ejemplares y sufrieron penalidades sin cuento en aquellos tiempos sin caminos, subiendo montes y atravesando selvas para llevar la fe católica a todos, exponiéndose a mil peligros. Pero todo les parecía poco por la gran alegría de sentir que estaban cumpliendo una misión encomendada por Dios, que los habrá recompensado en el cielo. Algunos de ellos han sido reconocidos por la Iglesia con el título de beatos o santos. Otros están en camino. Son muchísimos los que en los diferentes países iberoamericanos son venerables o siervos de Dios, es decir, los que están en proceso de canonización y que son también un ejemplo de vida para todos.

Ojalá que en este siglo 21 todos los sacerdotes y obispos de los países evangelizados por España sean ejemplares para animar a los fieles en el camino de una verdadera santidad. Ciertamente que no todos lo son y algunos han sido indignos, pero así se desenvuelve la vida de los seres humanos en la tierra.

Entre los españoles que fueron a América, unos solo iban pensando en conseguir riquezas y buscaban el oro como principal preocupación. En esta tarea no faltaron quienes, contra todas las normas promulgadas por los reyes, esclavizaron a los indios con trabajos pesados. Pero también hubo muchísimos religiosos que a lo largo de los años supieron cumplir con su deber y fueron protectores de los indios y sus defensores ante las autoridades españolas que a veces los discriminaban. Es de todos conocido el caso de Bartolomé de Las Casas. Creemos que exageró y de algunos casos que él conoció, da la impresión de que todos actuaban igual, sin pensar en el gran daño que hacía a España, dando lugar a la leyenda negra. Pero ahí están los testimonios de los santos y de los mártires por llevar la fe, algo que ninguna otra nación, fuera de España y Portugal, hicieron, sin pensar solo en el provecho económico.

Por eso, podemos decir y escribirlo con letras grandes. *Benditos sean los misioneros que llevaron la fe a América y benditos también tantos buenos*

españoles que, desde sus puestos de responsabilidad, supieron tratar con bondad, respetando la libertad y los derechos de los indígenas. Dios les habrá dado ya su recompensa. Que nosotros seamos dignos herederos suyos para gloria de Dios y bien de las almas que nos ha encomendado. Amén.

EVANGELIZACIÓN DE AMÉRICA

Uno de los puntos repetitivos de la leyenda negra son los abusos, injusticias y masacres cometidos en la conquista de América por españoles y portugueses. Por supuesto que no faltaron abusos como en toda empresa humana, sobre todo, en las guerras. Pero no hay duda de que los reyes españoles tomaron muy en serio la tarea de la evangelización y que ésta fue su primera meta, sin descartar, por supuesto, otros intereses. La reina Isabel La Católica en su testamento, redactado en Medina del Campo el 23 de noviembre de 1504, dice claramente: *No permitan que los indígenas de las islas y tierra firme, conquistadas o por conquistar, sufran el menor daño en sus personas y en sus bienes y, por el contrario, mando que sean tratados con justicia y humanidad y que sean reparados todos los daños que hayan podido sufrir.* El mismo Hernán Cortés dice: *Exhorto y ruego a todos los españoles que en mi compañía fuesen a esta guerra, que su principal motivo e intención sea apartar y desarraigar de las dichas idolatrías a todos los naturales de estas partes y reducirlos, o a lo menos desear su salvación y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su santa fe católica, porque si con otra intención se hiciese la dicha guerra, sería injusta*¹.

Ahora bien, es cierto que, con frecuencia, los españoles no se comportaron como buenos cristianos, sino como conquistadores sin escrúpulos. Pero los incas y aztecas también lo eran y se mantenían en el poder gracias a la opresión violenta de los pueblos sometidos. *Cuando Pizarro llegó al Perú, los incas acababan de matar a 20.000 miembros de tribus rivales*². *Los incas practicaban sacrificios humanos para alejar un peligro, una carestía o una epidemia. Las víctimas, a veces, eran niños, hombres o vírgenes, que eran estranguladas o desolladas y, en ocasiones, se les arrancaba el corazón a la manera azteca*³.

Atahualpa, para subir al trono, exterminó a toda la familia real de su hermano Huáscar, a quien asesinó con centenares de sus familiares. Su cráneo lo guardaba para beber y su pellejo lo usaba como tambor. Según informa el jesuita José Acosta (1539-1599) en su *Historia natural y moral de las Indias*, Huayna

¹ En carta escrita desde Tlascala, el 26 de enero de 1520, y citado por William Prescott, *Historia de la conquista de México*, Ed. Porrúa, México, 1970, p. 61.

² Smith Robert E., *The other side of Christ*, p. 23.

³ Messori Vittorio, *Leyendas negras de la Iglesia*, Ed. Planeta, Barcelona, 1996, p. 42.

Capac, padre de Atahualpa, era adorado como un dios y, a su muerte, *mataron mil personas de su casa para que fuesen a servirle en la otra vida* (VI, 22).

Las mujeres eran propiedad del Estado y ciertos funcionarios las seleccionaban y distribuían. Tenían esclavos, que eran prisioneros de guerra o de origen hereditario. Según dice el historiador Guamán Poma de Ayala (1534-1617) en su *Nueva Crónica y buen gobierno*, el régimen incaico estaba basado en el miedo y en la obediencia total.

El imperio incaico, dice Pedro Voltes, era un coloso con pies de barro. Por eso, pudo ser conquistado por Pizarro con 170 hombres. *En el Perú antiguo no se pensaba en otra cosa que en obedecer y, preso y muerto Atahualpa, se siguió obedeciendo a quienquiera que mandara. Y así lo hizo el último obrero y lo hizo el astrónomo y lo hizo el cirujano que practicaba trepanaciones y el constructor que levantaba obras, que hoy siguen pasmándonos con sus misterios técnicos insolubles en sus picachos de vértigo* ⁴.

Según Guamán Poma de Ayala, al referirse a las ceremonias fúnebres de los Antisuyos, escribe: *Son indios de la montaña que comen carne humana. Y así, apenas tienen al difunto, que luego comienzan a comerlo, que no dejan carne sino todo hueso* ⁵.

En cuanto a los aztecas, se sabe que hacían continuas guerras para tener esclavos que sacrificar a sus dioses. En 1485 habían sido sacrificados al dios Huitzilopochtli más de 84.000 indios ⁶. Según fray Toribio de Motolinía, franciscano y gran educador de los indios: *Después que los españoles anduvieron de guerra y ya ganada México hasta pacificarse la tierra, los indios amigos de los españoles, muchas veces, comían de los que mataban, porque no todas las veces los españoles se lo impedían, sino que, algunas veces, por la necesidad que tenían de los indios, pasaban por ello, aunque lo aborrecían* ⁷.

De modo que, no sólo hacían miles de sacrificios humanos, sino que se comían a los vencidos. Sin embargo, hay muchos que hablan de que los conquistadores aniquilaron su cultura. Pero, cuando llegaron los españoles a América, encontraron que ignoraban la rueda, la bestia de carga, la bóveda, la escritura, la moneda... y desconocían las técnicas que hacen posible amplios cultivos agropecuarios. Por supuesto que la conquista, no fue obra exclusiva de

⁴ Pedro Voltes, *Cinco siglos de España en América*, Ed. Plaza & Janes, 1987, pp. 68-69.

⁵ Guamán Poma de Ayala (1534-1617) *Nueva crónica y buen gobierno*, Madrid, 1987, p. 292.

⁶ Alva Ixtlilxochitl (1578-1650), *Historia de la nación chichimeca*, Ed. Germán Vásquez, México, 1985, p. 60.

⁷ Motolinía fray Toribio, *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España*, Ed. UNAM, México 1971, p. 33.

los españoles. Hubiera sido imposible que tan pocos hubieran conquistado tan grandes imperios, si no hubieran tenido el apoyo de tribus amigas, que querían liberarse del yugo de sus opresores. Según dice Hernán Cortés en su III carta al Emperador, la conquista de México, el 13 de agosto de 1521, fue obra de 900 españoles contra más de 150.000 hombres, pero ayudados por las tribus amigas. Por eso, el gran historiador Arturo Arnáiz pudo afirmar: *La conquista de México la hicieron los indios y la independencia los españoles*. Pues la conquista fue fundamentalmente lucha entre tribus rivales y la independencia fue obra de los criollos, descendientes de españoles. Sin embargo, la gran despoblación de América no se debió a las guerras sino a los efectos devastadores de las epidemias. Los españoles contagiaron enfermedades desconocidas en América, como la viruela y el sarampión, que ocasionaron millones de muertos. Pero también los españoles murieron en grandes cantidades, debido a las enfermedades tropicales.

En cuanto a los abusos de los españoles, la mayoría de los historiadores actuales reconoce que fray Bartolomé de las Casas, cuando habla de ellos en su escrito *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (año 1542), está exagerando mucho. El Padre Las Casas había sido encomendero y, al convertirse, su celo desmedido a favor de los indios le llevó a exagerar en contra de los españoles. Él dice, por ejemplo, que los aztecas no mataban en México al año en sacrificios humanos ni a cincuenta, pero historiadores como Alfonso Trueba dice: *En el imperio azteca se sacrificaban veinte mil hombres al año* ⁸. El primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga, un hombre prudente y honesto, afirma en una carta de 1531, dirigida al capítulo franciscano reunido en Tolosa, que los indios tenían *la costumbre de sacrificar 20.000 hombres cada año* ⁹.

Sin embargo, todas sus exageraciones sobre los atropellos cometidos, fueron recibidas en la Corte y se dieron las normas oportunas. El mismo emperador Carlos V lo defendió contra sus detractores y lo nombró obispo de Chiapas. Sobre él, escribió fray Toribio de Benavente, Motolinía, al emperador en 1555: *Todos sus negocios han sido con algunos desasosegados, escribiendo cosas con su apasionado espíritu contra los españoles* ¹⁰.

En cuanto a las encomiendas, no fue un sistema de esclavitud ni un invento de los conquistadores para explotar a los indios. Era una institución establecida en España desde hacía varios siglos y que los españoles trasplantaron a América como el mejor medio de educarlos. Después, la encomienda dio lugar a las reducciones en pueblos, pero fue oficialmente suprimida en 1718.

⁸ Trueba Alfonso, *Hernán Cortes*, IUS, México, 1983, p. 100.

⁹ Citado por Jerónimo de Mendieta, *Historia Eclesiástica Indígena*, BAE, Madrid 1973, cap. V, 30.

¹⁰ Iraburu José María, *Hechos de los apóstoles de América*, Ed. Gratisdate, Pamplona, 2003, p. 38.

Recordemos que los españoles tuvieron que luchar contra la esclavitud que practicaban los indios y que era una costumbre ancestral entre ellos. Dice fray Toribio de Benavente: *En esta provincia de Tlaxcala, el año pasado (1536), libertaron más de veinte mil esclavos y pusieron grandes penas para que nadie hiciese esclavo ni lo comprase ni lo vendiese, porque la ley de Dios no lo permite*¹¹.

Sobre la poligamia, anotemos que Moctezuma, en Tepic, tenía en su palacio *mil mujeres y algunos afirman que tres mil entre señoras y criadas y esclavas; de las señoras, que eran muchas, tomaba para sí Moctezuma las que bien le parecía*¹². *Y de los principales señores de esta tierra hubo algunos que tuvieron a ciento, a ciento cincuenta y hasta doscientas mujeres. Entre los señores y principales se repartían la mayor parte de las mujeres casaderas, dejando muy pocas para los pobres, que apenas tenían con quien casarse. Además, los señores robaban a las niñas para agregarlas más adelante al número de sus mujeres*¹³.

Y no sólo hablamos de México. Según el gran estudioso Salvador Madariaga en su libro *El auge y ocaso del imperio español en América*, era normal la poligamia, la esclavitud y el canibalismo en América antes de la llegada de los españoles.

Por eso, los misioneros tuvieron una gran tarea en la evangelización. En México, en cada convento, había escuela y hospital. En el siglo XV en México, había 300 conventos, que tenían escuelas externas para los niños del pueblo común y otra interna para los hijos de los indios principales. En 1540, fray Toribio de Benavente escribe: *Hay tantos alumnos indios que, en determinados monasterios, hay 300, 400, 600 y hasta mil alumnos*¹⁴.

En Lima, en 1549, el obispo Loayza fundó un hospital, exclusivamente para indios, y él mismo vivía en el hospital y los cuidaba. Por otra parte, los religiosos misioneros prestaron un inmenso servicio para la preservación de las lenguas indígenas. Entre 1524 y 1572, escribieron 109 obras de bibliografía indígena; se esforzaron en aprender las lenguas de los indios y predicarles en su propia lengua; y eran los primeros que se oponían a las autoridades políticas y militares, luchando para que los tributos fueran justos y se evitaran los abusos de los encomenderos. Algunos escribieron importantes libros sobre la cultura,

¹¹ Gómez Lino, *Pioneros de la cruz en México*, BAC, Madrid, 1988, p. 100.

¹² López de Gómara Francisco (1511-1560), *Historia General de las Indias*, BAE, México, 1946, p. 344.

¹³ Gómez Lino, o.c., p. 135.

¹⁴ Fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Historia de los indios*, México, 1969, p. 108.

religión, historia, medicina, arte, etc., de los indígenas. También fundaron las primeras universidades de América como la universidad de San Marcos de Lima, en 1551, para españoles, indios y mestizos.

Un capítulo aparte y especial es el que se refiere a las Reducciones del Paraguay. Fueron dirigidas por los jesuitas, que tuvieron que defenderlas de los peligros del contacto externo con comerciantes españoles. Por eso, estuvieron prácticamente aisladas, pero también tuvieron que defenderlas de las excursiones de los paulistas que, desde Brasil, hacían razzias para llevarse indios como esclavos (la esclavitud de indios estaba permitida en Brasil). Entre 1628 y 1630 los paulistas se llevaron 60.000 cristianos de las Reducciones como esclavos. Por este motivo, los misioneros tuvieron que armar un ejército que, con permiso de las autoridades españolas, tenían hasta armas de fuego. Sólo así pudieron defenderse. Algunos autores dicen que habitaban en las Reducciones paraguayas unos 150.000 a 200.000 indios. No eran, pues, unas pequeñas reservas indias, sino una verdadera nación fuerte y organizada. Como referencia, pensemos que, en 1725, Buenos Aires sólo tenía unos 5.000 habitantes.

En 1700 había unos 250 jesuitas a su cargo. Los visitantes se admiraban de la prosperidad, al ver allí relojes, órganos y toda suerte de instrumentos musicales, fabricados completamente por los indios. En algunos lugares, tenían astilleros para construir sus propias embarcaciones. Había imprentas para imprimir textos, gramáticas, catecismos y libros espirituales. Hablaban en guaraní, lo que fue decisivo para que esta lengua se conserve hasta hoy. Los castigos impuestos por los misioneros eran muy benignos: unos días de cárcel o algunos azotes. Entre 1608 y 1768 vivieron en las Reducciones unos 1.500 jesuitas y, entre ellos, hubo 32 mártires.

Voltaire, el famoso filósofo francés, blasfemo y anticristiano, decía sobre las Reducciones: *Cuando se arrebataron a los jesuitas las misiones del Paraguay en 1768, los indios habían llegado al grado más alto de civilización que un pueblo joven puede alcanzar... En las misiones se respetaba la ley, se llevaba una vida limpia, los hombres se consideraban como hermanos, florecían las ciencias útiles y aún algunas de las artes más bellas y en todo reinaba la abundancia*¹⁵.

Según el historiador francés Clovis Lugon: *Ninguna región de América conoció en la época una prosperidad tan general ni un desarrollo económico tan sano y equilibrado*¹⁶. Algunos autores hablan de estas Reducciones como de las comunidades utópicas, ideales, más perfectas y duraderas de la historia humana.

¹⁵ Jaramillo Diego, *Santos de América*, Ed. Minuto de Dios, Bogotá, 1987, p. 122.

¹⁶ Lugon Clovis, *La République des Guaranis (1610-1768)* Ed Ouvrières, Paris, 1970, p. 92.

Al momento de su extinción, estaban en plena prosperidad. Y su extinción provino de causas externas. El gobierno español, infiltrado por masones e ilustrados racionalistas, decidió la expulsión de los jesuitas de los territorios españoles de la península y ultramar. En ese momento, año 1767, en las Reducciones había 769.869 cabezas de ganado bovino; 38.141 ovino; 139.634 caballos, mulas y burros, para darnos una idea de su prosperidad ¹⁷.

Al ser expulsados, había en toda América 2.700 jesuitas, de los que 420 murieron durante la travesía hasta Cádiz, debido a malos tratos, pues iban como prisioneros. A principios del Siglo XIX, lo poco que quedaba de las Reducciones fue arrasado en las guerras de la independencia. Ahora sólo quedan, en la selva, unas ruinas ciclópeas de iglesias misionales, restos de casas, talleres, graneros, como triste testimonio de la *victoria* de la Ilustración, es decir, del dominio de la Razón, sobre Dios y el Evangelio.

Más datos sobre el esfuerzo de España en la evangelización de América: En 1623 había en la América hispana 70.000 iglesias, y cada año partían a América unos 130 a 150 misioneros. En ese año, había más de 11.000 religiosos y muchísimos sacerdotes diocesanos, trabajando en América. Muchos de ellos murieron mártires a manos de los indios o por otras causas.

Por supuesto que entre los sacerdotes también hubo algunos que no fueron dignos. Y también a ellos los condenaba la Inquisición. Pero hubo más de 30 santos y un gran número de mártires, que brillaron en la América hispana como una luz de Dios en las tinieblas. Entre ellos, podemos citar a san Juan Diego, el de la Virgen de Guadalupe, los 3 niños mártires de Tlaxcala y los beatos Juan Bautista y Jacinto de los ángeles (indígenas). El Venerable Francisco de la Cruz y Antonio Roa, san Roque González, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, beato Sebastián de Aparicio, san Felipe de Jesús, mexicano mártir en Japón. San Pedro de san José Betancourt, venerable Antonio Margil de Jesús, beato Junípero Serra, santo Toribio de Mogrovejo, san Juan Macías, san Martín de Porres, santa Rosa de Lima, santa Mariana de Jesús, beata sor Ana de los Ángeles y Monteagudo, san Francisco Solano, san Luis Beltrán, san Pedro Claver (1580-1654), venerable Vicente Bernedo, san José de Anchieta (1534-1597), y tantos otros más ¹⁸.

En resumen, podemos decir con Lewis Hanke, historiador norteamericano: *La conquista de América por los españoles fue uno de los mayores intentos que*

¹⁷ Fernández Ramos Raimundo, *Apuntes históricos sobre las Misiones (Reducciones)* Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1929.

¹⁸ Puede leerse el libro *Santos de América* de Diego Jaramillo, Ed. Minuto de Dios, Bogotá, 1987.

*el mundo haya visto de hacer prevalecer la justicia y las normas cristianas en una época brutal y sanguinaria*¹⁹.

Pero, a pesar de todo, pareciera que algunos hubieran deseado la conquista de América por los países protestantes, para quienes los indios eran de raza inferior y no podían mezclarse con ellos en matrimonio. Ya es conocido lo que pasó en USA, donde los indios fueron exterminados. En USA los indios que sobreviven son unos cuantos miles, mientras en América Latina la mayoría de la población es india o mestiza. Pierre Chaunu, un historiador calvinista y, por tanto, nada interesado, reconocía que *la leyenda antihispánica en su versión norteamericana ha desempeñado el saludable papel de válvula de escape. La pretendida matanza de los indios por parte de los españoles en el siglo XVI encubrió la matanza norteamericana de la frontera oeste, que tuvo lugar en el siglo XIX. La América protestante logró liberarse de este modo de su crimen, lanzándolo de nuevo sobre la América católica*²⁰. Desde 1636 se inició la guerra de exterminio contra los indios norteamericanos, porque los indios eran considerados por los puritanos ingleses como Satán. Así lo dice el especialista norteamericano Roy H. Pearce: *Allí donde el indio se oponga al puritano, es considerado como Satán que se opone a Dios*²¹.

Las matanzas de indios eran promovidas por los autoridades. *En 1703 el gobierno de Massachussets pagaba 12 libras esterlinas por cuero cabelludo, cantidad tan atrayente que la caza de indios, organizada con caballos y jaurías de perros, no tardó en convertirse en una especie de deporte nacional, muy rentable. El dicho: El mejor indio es el indio muerto, puesto en práctica en USA, nace no sólo del hecho de que todo indio eliminado constituía una molestia menos para los nuevos propietarios, sino también del hecho de que las autoridades pagaban bien por su cuero cabelludo. Se trataba de una práctica que, en la América española, no sólo era desconocida sino que, de haber tratado alguien de introducirla de forma abusiva, habría provocado, no sólo la indignación de los religiosos, siempre presentes al lado de los colonizadores, sino también las severas penas establecidas por los reyes para tutelar el derecho a la vida de los indios*²².

Si por un imposible, España con Portugal se hubieran pasado a la Reforma, habrían aplicado los mismos principios que los puritanos de Norteamérica. Un inmenso genocidio hubiera borrado del mapamundi la totalidad de los pueblos indios. Los historiadores no se hubieran tenido que

¹⁹ Hanke Lewis, *La lucha por la justicia en la conquista de América*, 1949, p. 17.

²⁰ Messori Vittorio, o.c., p. 22.

²¹ Pearce Roy, *The ruins of mankind: the indians and the puritan mind*, journal of History of ideas, 1952, XIII, p. 204.

²² Ib. p. 28.

*molestar en elaborar interpretaciones llamativas sobre la encomienda, la evangelización... Les hubiera bastado, como a los sociólogos, con agenciarse el aparato fotográfico del turista ingenuo para ver las reservas indias, un pobre rebaño de supervivientes testigos*²³.

Por ello, decía el gran historiador Maltby: *Fueran cuales fuesen los efectos de su gobierno, en la historia no hubo ninguna nación que igualara la preocupación de España por la salvación de las almas de los nuevos súbditos*²⁴. Y mientras en Europa, desde el siglo XVI, seguían matándose en las terribles guerras de religión entre católicos y protestantes, en América se vivía en paz. Por eso, el historiador mexicano Octavio Paz decía en 1974: *Desde la segunda mitad del siglo XVI hasta finales del siglo XVIII, la Nueva España fue una sociedad pacífica y próspera*²⁵.

¿Valió la pena la conquista y evangelización de América Latina por los españoles? ¿Hubiera sido mejor que hubieran seguido con sus prácticas crueles y con su atraso cultural? ¿Hubiera sido mejor la colonización al estilo norteamericano? Al menos, todos podrán concordar que, con todos los errores y abusos, la colonización española fue la menos mala, por no decir la mejor.

APARICIONES DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

La imagen de la Virgen de Guadalupe fue pintada milagrosamente en la tilma del indio Juan Diego. Así lo declararon dos grandes científicos norteamericanos.

El doctor Philip Serna Callahan afirmó: *La técnica utilizada al cuerpo y al rostro original es inexplicable*²⁶. Por su parte, Jody Brant Smith afirmó: *El doctor Callahan está de acuerdo con muchos millones, que a lo largo de los siglos han aceptado que el maravilloso rostro de la Virgen es pura y simplemente milagroso. Yo y el doctor Callahan nos sentimos obligados a admitir que la imagen de la Virgen de Guadalupe es verdaderamente un milagro*²⁷. *El descubrimiento de la ausencia de preparación en la pintura (sin pinceladas ni bocetos previos) y nuestra incapacidad para explicar la preservación de la tela así como el brillo de las partes originales de la imagen,*

²³ Dumont Jean, *La Iglesia ante el reto de la historia*, Ed. Encuentro, Madrid, 1987, p. 186.

²⁴ Messori Vittorio, o.c., p. 47.

²⁵ Dumont Jean, o.c., p. 183.

²⁶ Serna Callahan Philip, *The tilma under infrared radiation*, Ed. CARA, Washington, 1981, p. 17.

²⁷ Jody Brant Smith, *The image of Guadalupe myth o miracle*, Doubleday company, New York, 1983, p. 101.

nos pone al doctor Callahan y a mí en la lista de los que creen que la imagen fue creada sobrenaturalmente ²⁸.

El doctor Philip Serna Callahan afirmó: *La técnica utilizada al cuerpo y al rostro original es inexplicable* ²⁹. *La imagen original, que incluye el vestido rosa, el manto azul, las manos y el rostro es inexplicable. No se puede explicar la clase de pigmento utilizado, ni el hecho de que se mantenga el brillo y la luminosidad durante siglos* ³⁰.

Pero lo más maravilloso fue lo descubierto por el doctor peruano José Aste Tönsmann en 1979, aumentando 2.500 veces los ojos de la imagen. Así pudo encontrar hasta 13 personas. Y, aumentando mil veces más los ojos del obispo, aparece claramente Juan Diego en el acto de mostrar su tilma al obispo. ¿Quién podría haber pintado en miniatura en los 7 a 8 mm. de espacio de los ojos de la imagen tantas personas que no pueden apreciarse a simple vista y que sólo pudieron descubrirse en el siglo XX? Además, están pintados con la correspondiente perspectiva en ambos ojos.

En 1541 escribió el misionero franciscano fray Toribio de Benavente (Motolinía) que ya eran alrededor de nueve millones de aztecas bautizados y que él había bautizado a 300.000. Esto debido al impacto de las apariciones de la Virgen y al testimonio de Juan Diego.

SANTOS EN IBEORAMÉRICA (siglos XVI-XVII)

SAN JUAN DIEGO

Juan Diego era un indio sencillo que se mantenía del cultivo de la tierra. Nació en 1474 en Cuautitlán, una de las ciudades más antiguas de América. Contrajo matrimonio en Santa Cruz el Alto (Tlacpan), cerca de San Pedro, con la joven Malitzin, quien, al bautizarse, tomo el nombre de María Lucía. Tuvo hijos.

En 1528 Juan Diego entró en contacto con los misioneros franciscanos y solicitó el bautismo. Cuando contaba con 57 años, comenzó a ser conocido por los hechos de las apariciones, habiendo ya muerto su esposa. Al final de su vida, todos lo tenían por santo. El padre jesuita Francisco de Florencia, nacido en Florida en 1619, dice en su libro *La estrella del Norte de México*, que los religiosos le habían dado permiso para comulgar tres veces por semana, algo

²⁸ Ib. p. 105.

²⁹ Serna Callahan Philip, *The tilma under infrared radiation*, Ed. CARA, Washington, 1981, p.17.

³⁰ Ib. pp. 18-19.

insólito en aquellos tiempos en que hasta los religiosos y religiosas no sacerdotes, normalmente, sólo comulgaban una vez por semana.

Uno de los escritos más interesantes y complementarios de la vida de Juan Diego es el *Nican Motecpana* donde se dice: *Estando ya en su santa casa la purísima y celestial Señora de Guadalupe, son incontables los milagros que ha hecho para beneficiar a estos naturales y a los españoles y en suma a todas las gentes que la han invocado. A Juan Diego, por haberse entregado enteramente a su ama, la Señora del cielo, le afligía mucho que estuviera tan distante su casa y pueblo, para servirle diariamente y hacerle el barrido. Por lo cual, suplicó al señor obispo poder estar en cualquier parte que fuera junto a las paredes del templo y servirle; el prelado accedió a su petición y le dio una casita junto al templo de la Señora del cielo, porque le quería mucho el señor obispo. Inmediatamente, se cambió y abandonó su pueblo, dejando su casa y su tierra a su tío Juan Bernardino. A diario se ocupaba en cosas espirituales y barría el templo, se postraba delante de la Señora del cielo y la invocaba con fervor.*

Frecuentemente se confesaba, comulgaba y ayunaba, hacía penitencia, se disciplinaba, se ceñía cilicio de malla y se escondía en la sombra para poder entregarse a solas a la oración y estar invocando a la Señora del cielo. Era viudo: dos años antes de que se le apareciera la Inmaculada murió su mujer que se llamaba María Lucía. Ambos vivieron castamente, porque oyeron cierta vez la predicación de fray Toribio Motolinía, uno de los doce frailes de san Francisco que había llegado poco antes, sobre que la castidad era muy grata a Dios y a su Santísima Madre... En el año 1544 hizo estación la peste y le dio a Juan Bernardino. Cuando se puso grave, vio en sueños a la Señora del cielo, quien le dijo que se consolara y no se turbase su corazón, porque ella lo defendería en el trance de la muerte y lo llevaría a su palacio celestial.

Después de 16 años de servir allí Juan Diego a la Señora del cielo, murió el año 1548. A su tiempo le consoló mucho la Señora del cielo, quien le vio y le dijo que ya era hora de que fuera a conseguir y a gozar en el cielo cuanto le había prometido. También fue sepultado en el templo. Andaba en los 74 años, cuando murió. La Purísima, con su precioso Hijo, llevó su alma a donde disfruta de la gloria celestial ³¹.

En el documento *Informaciones jurídicas de 1666*, del que ya hemos hablado, Martín de san Luis afirma: *Siendo de diez o doce años, en muchas y diversas ocasiones, me dijo Diego de Torres Bullón cómo había conocido, tratado y comunicado al dicho Juan Diego, indio, porque como lleva referido*

³¹ Fernando de Alva Ixtlixochitl, *Nican Motecpana*, Obras históricas, UNAM, Instituto de investigaciones históricas, México, 1975.

era natural de este pueblo del barrio de Tlayácac y que era un hombre de 56 ó 57 años, cuando se le apareció la Reina del cielo y Madre de Dios de Guadalupe. Que era un hombre temeroso de Dios y de santas costumbres, muy amigo de ir a iglesias y acudir a la doctrina y diversos oficios, causando mucho ejemplo a todos los que lo conocían, trataban y comunicaban ³².

El 9 de mayo de 1990, el papa Juan Pablo II, en la basílica de Guadalupe de México, beatificó a Juan Diego. En su homilía dijo el Papa: *Es de admirar, si no pocos fieles lo tenían por un santo, viviendo todavía, y le pedían les ayudara con su oración. Esta fama de santidad le siguió después de su muerte, de modo que no son pocos los testimonios del culto que se le daba como puede verse por los monumentos de arte, en los cuales la efigie de Juan Diego se ve adornada con aureola y otros signos de santidad.*

Cierto que tales signos de culto se manifestaron, sobre todo, en el tiempo más cercano a su muerte, pero nadie puede negar que los mismos han continuado hasta nuestro tiempo de modo que, con seguridad, consta el testimonio congruente de un culto particular dado sin interrupción a Juan Diego. Habiendo instado muchos obispos y fieles de Cristo, principalmente mexicanos, la Congregación para las causas de los santos procuró que se recogieran los documentos que ilustraron la vida, virtudes y fama de santidad de Juan Diego, y mostraron el culto que se le diera, los cuales debidamente investigados, concluyeron con la "Positio" sobre la fama de santidad de sus virtudes y culto que se le dio desde tiempo inmemorial ³³.

Fue canonizado por Juan Pablo el 31 de julio de 2002.

MÁRTIRES INDIOS MEJICANOS

SAN CRISTÓBAL, NIÑO TLAXCALTECA (+1527)

El P. Motolinía narra el martirio de tres niños tlaxcaltecas. El primero de ellos, Cristóbal, era hijo de uno de los nobles más importantes de Tlaxcala.

Estudió en la escuela de los franciscanos. Pidió el bautismo y fuele dado, y puesto por nombre Cristóbal. Este niño, además de ser de los más principales y de su persona muy bonito y bien acondicionado y hábil, mostró principios de ser buen cristiano, porque de lo que él oía y aprendía enseñaba a los vasallos de su padre; y al mismo padre decía que dejase los ídolos y los pecados en que estaba,

³² Testimonio de Martín de san Luis en *Informaciones jurídicas de 1666*, folio 46r-46v.

³³ Juan Pablo II, AAS, LXXXII (1990), pp. 853-855.

en especial el de la embriaguez, porque todo era muy gran pecado, y que se tornase y conociese al Dios del cielo y a Jesucristo su Hijo, que Él le perdonaría, y que esto era verdad porque así lo enseñaban los padres que sirven a Dios. El padre era un indio de los encarnizados en guerras, y envejecido en maldades y pecados, según después pareció, y sus manos llenas de homicidios y muertes. Los dichos del hijo no le pudieron ablandar el corazón ya endurecido, y como el niño Cristóbal viese en casa de su padre las tinajas llenas del vino con que se emborrachaban él y sus vasallos, y viese los ídolos, todos los quebraba y destruía, de lo cual los criados y vasallos se quejaron al padre.

Finalmente, el padre decidió matar a Cristóbal. El mayor de los tres, de nombre Luis, del cual yo fui informado, vio (escondido en la azotea) cómo pasó todo el caso. Vio cómo el cruel padre tomó por los cabellos a aquel hijo Cristóbal y le echó en el suelo dándole muy crueles coces, de las cuales fue maravilla no morir (porque el padre era un valentazo de hombre, y es así, porque yo que esto escribo le conocí), y como así no le pudiese matar, tomó un palo grueso de encina y dióle con él muchos golpes por todo el cuerpo hasta quebrantarle y molerle los brazos y piernas, y las manos con que se defendía la cabeza, tanto que casi de todo el cuerpo corría sangre.

A todo esto el niño llamaba continuamente a Dios, diciendo en su lengua: *Señor Dios mío, tened piedad de mí, y si Tú quieres que yo muera, muera yo; y si Tú quieres que viva, líbrame de este cruel de mi padre.* Supo lo que sucedía Tlapaxilotzin, la madre de Cristóbal, desolada y pidiendo a gritos clemencia para su niño. Pero aquel mal hombre tomó a su propia mujer por los cabellos y acoceóla hasta se cansar, y llamó a quien se la quitase de allí. En seguida, viendo que el niño seguía vivo, aunque muy mal llagado y atormentado, mandóle echar en un gran fuego de muy encendidas brasas de leña de cortezas de encina secas, que es leña que dura mucho y hace muy recia brasa. En aquel fuego le echó y le revolvió de espaldas y de pechos cruelísimamente, y al muchacho, siempre llamando a Dios y a Santa María, lo apuñaló después.

Y allí quedó por la noche, **medio muerto, llamando siempre a Dios y a Santa María.** Por la mañana dijo el muchacho que llamasen a su padre, el cual vino, y el niño le dijo: *Padre, no pienses que estoy enojado, porque yo estoy muy alegre, y sábetete que me has hecho más honra que no vale tu señorío.* Y dicho esto demandó de beber y diéronle un vaso de cacao, que es en esta tierra casi como en España el vino, no que embeoda, sino sustancia, y en bebiéndolo luego murió.

El padre hizo enterrar secretamente al niño, mandó matar a Tlapaxilotzin, la madre, y dio orden severa de callar a todos los de la casa. Pero poco después se conocieron los dos asesinatos, y la justicia de los españoles, con mucho temor a

provocar un levantamiento, le llevó a la horca. El P. Motolinía hizo la crónica del martirio habiendo pasado «doce años que aconteció hasta ahora que esto escribo en el mes de marzo del año treinta y nueve». Es decir, sucedió en 1527, poco después de terminada en 1521 la conquista de México. Y el Papa Juan Pablo II **beatificó** en la basílica de Guadalupe al niño Cristóbal el 6 de mayo de 1990.

SANTOS JUAN Y ANTONIO, NIÑOS TLAXCALTECAS (+1529)

Dos años después de la muerte del niño Cristóbal —prosigue el P. Motolinía—, vino aquí a Tlaxcala un fraile dominico llamado fray Bernardino Minaya, con otro compañero, los cuales iban encaminados a la provincia de Huaxyacac. A la sazón era aquí en Tlaxcala guardián nuestro de gloriosa memoria fray Martín de Valencia, al cual los padres dominicos rogaron que les diese algún muchacho de los enseñados para que les ayudasen en lo tocante a la doctrina cristiana. Preguntados a los muchachos si había alguno que por Dios quisiese ir a aquella obra, ofreciéronse dos hijos de personas muy principales. Al uno llamaban Antonio —éste llevaba consigo un criado de su edad que decían Juan—, al otro llamaban Diego.

Conociendo fray Martín la peligrosidad de aquella misión, les puso muy sobre aviso para que lo pensaran bien. A esto, ambos niños, guiados por el Espíritu Santo, respondieron: *Padre, para eso nos has enseñado lo que toca a la verdadera fe; ¿pues cómo no había de haber entre tantos quien se ofreciese a tomar trabajo por servir a Dios? Nosotros estamos aparejados para ir con los padres, y para recibir de buena voluntad todo trabajo por Dios.*

De unas casas sacó aquel niño llamado Antonio unos ídolos, e iba con él su paje llamado Juan. Ya en esto algunos señores y principales se habían concertado de matar a estos niños, según después pareció. La causa era porque les quebraban los ídolos y les quitaban sus dioses. Vino aquel Antonio con los ídolos que traía recogidos del pueblo de Orduña, a buscar en el otro que se dice Coatlichan, si había algunos. Y entrando en una casa, no estaba en ella más de un niño guardando la puerta, y quedó con él el otro su criadillo. Y estando allí vinieron dos indios principales, con unos leños de encina, y en llegando, sin decir palabra, descargan golpes sobre el muchacho llamado Juan, que había quedado a la puerta, y al ruido salió luego el otro Antonio, y como vio la crueldad que aquellos sayones ejecutaban en su criado, no huyó, antes con grande ánimo les dijo: *¿Por qué me matáis a mi compañero que no tiene él la culpa, sino yo, que soy el que os quito los ídolos porque sé que son diablos y no dioses? Y si por ellos lo habéis, tomadlos allá, y dejad a ése que no tiene culpa*”. Y diciendo esto, echó en el suelo unos ídolos que en la falda traía. Y acabadas de decir estas

palabras ya los dos indios tenían muerto al niño Juan, y luego descargan en Antonio, de manera que también allí le mataron.

Hallados los cuerpos, los matadores fueron presos, confesaron su crimen y fueron ahorcados. Estaban arrepentidos de lo hecho, y rogaron que los bautizasen antes que los matasen.

Cuando fray Martín de Valencia supo la muerte de los niños, que como a hijos había criado, y que habían ido con su licencia, sintió mucho dolor, y llorábalos como a hijos, aunque por otra parte **se consolaba en ver que había ya en esta tierra quien muriese confesando a Dios.**

También **Juan y Antonio** fueron declarados beatos en Guadalupe por Juan Pablo II el 6 de mayo de 1990. Y el 15 de octubre, el Papa Francisco los **canonizó** en Roma a los tres **Niños Mártires de Tlaxcala.**

BEATOS JUAN BAUTISTA Y JACINTO DE LOS ÁNGELES, LAICOS MÁRTIRES ZAPOTECAS (+1700)

Nacieron ambos en 1660 en San Francisco de Cajonos, pueblo zapoteca situado en la Sierra Norte de Oaxaca, atendido por dos padres dominicos. Los dos estaban casados, el primero tenía una hija, y el segundo dos hijos. Eran personas distinguidas en su pueblo, donde habían desempeñado diversos cargos civiles prestigiosos —regidores, alcalde, juez—, y que siempre habían fomentado el cumplimiento de los deberes comunitarios y el aprecio por las tradiciones culturales.

Convertidos al cristianismo y bautizados, sirvieron también en varios ministerios al servicio de la Vicaría de San Francisco, llegando a ser nombrados fiscales, ministerio laical establecido por el Concilio III Provincial Mexicano (1585), que llegó a tener gran importancia en gran parte de la América hispana.

Los dos fiscales supieron en septiembre de 1700 que un grupo de vecinos del pueblo de San Francisco, de mayoría cristiana, y de otras localidades próximas celebraban en una casa particular cultos idolátricos. Avisaron a los padres dominicos y, acompañados por ellos y por el capitán del lugar, acudieron para dispersar la reunión y requisar las ofrendas culturales.

Los idólatras se amotinaron al día siguiente, exigiendo la entrega de los fiscales y la devolución de las ofrendas. Los padres no lo aceptaron, pero el capitán cedió a entregar los fiscales bajo la promesa de respetar sus vidas. Éstos se entregaron sin resistencia, convencidos de que iban a ser martirizados: *Vamos*

a morir por la ley de Dios. Azotados en la picota de la plaza y encarcelados, se les prometió dejarlos vivir si renunciaban a la fe cristiana. Y como ellos se aferraron a la fe en nuestro Señor Jesucristo, fueron llevados a un monte próximo, desde el cual los despeñaron, acabando con sus vida a machetazos. San Juan Pablo II, en su quinta y última visita a México, los **beatificó** el 1 de agosto de 2002.

TRES MÁRTIRES JESUITAS

ROQUE GONZÁLEZ DE SANTA CRUZ

Nació en 1576 en la ciudad de Asunción. En 1609 abandonó Asunción e ingresó a la Compañía de Jesús siendo ya sacerdote. En 1613 fundó la reducción de San Ignacio Miní, una de las más grandes. El 25 de marzo de 1615 fundó la ciudad de Encarnación, en el actual departamento de Itapúa .

Fundó también las reducciones de Concepción de la Sierra (1619), Candelaria (1627), San Javier y otros centros ubicados sobre la costa del río Uruguay. Sobre ese río se extendió hacia el sur, fundando la Reducción de Yapeyú, en la actual provincia de Corrientes.

De Yapeyú, partió hacia tierras adentro en el sur del actual Brasil, fundando las reducciones de San Nicolás, Asunción del Iyuí y Caaró. Justamente en la zona de Iyuí, tenía grandes diferencias con el cacique Ñezú, y fue así que el día 15 de noviembre de 1628, esta reducción fue destruida y Roque fue asesinado junto al padre español Alonso Rodríguez Olmedo en Caaró. La misma suerte corrió el P. Juan del Castillo, que fue asesinado dos días después, el 17 de noviembre de 1628.

Los cadáveres fueron arrojados a la hoguera, pero milagrosamente el corazón de Roque no se quemó. El corazón y el hacha con el que lo mataron fueron trasladados a Roma. Posteriormente fueron llevados a Argentina. **En la actualidad el corazón se halla y puede ser visitado en la Capilla de los Santos Mártires de la parroquia Cristo Rey, en Asunción.**

San Roque y sus compañeros mártires fueron beatificados por Pío XI el 28 de enero de 1934 y **canonizados por Juan Pablo II el 16 de mayo de 1988. San Roque González es el primer santo paraguayo.**

ALFONSO RODRÍGUEZ

Era español. Salió de Lisboa, Portugal, en una expedición guiada por el padre Juan de Viana. En 1626 fue enviado a las misiones de los guaycurúes, frente a Asunción, al otro lado del río Paraguay. En 1628 pasó a las misiones guaraníes del Paraná y luego a Itaipú. Se le designó para que acompañara a Roque González en la fundación del pueblo de Todos los Santos de Caaró, en la banda oriental del río Uruguay. Allí murió junto con Roque el 15 de noviembre de 1628.

JUAN DEL CASTILLO

También era español. Ingresó como jesuita en 1614. En 1616 fue a las Indias. Estuvo destinado en Buenos Aires, Córdoba y Chile. En 1626 fue destinado a las misiones del río Uruguay. Después del martirio de los Padres Roque González y Alfonso Rodríguez en la Reducción de Todos los Santos en el Caaró, Juan murió el 17 de noviembre, en la reducción de la Asunción de Yjuhi.

LOS 52 MÁRTIRES DEL BRASIL

La historia de los 52 mártires jesuitas que iban de misioneros al Brasil es apasionante. La inmensa mayoría de ellos eran estudiantes, novicios o hermanos coadjutores y dieron su vida antes que renegar de su fe. Los herejes calvinistas, que los abordaron con cinco barcos franceses al servicio de la reina de Navarra, mataron sin compasión a los primeros 40 de ellos en Tzacorte en la actual diócesis de Santa Cruz de Tenerife, en las islas Canarias.

a) EL RELATO

El 5 de junio de 1570 partió la flota con siete naves de Lisboa. Contando con algunos laicos en total iban 100 personas a las misiones del Brasil. En la nave capitana iba don Luis Vasconcelos, nuevo gobernador del Brasil con el padre Pedro Díaz y 20 compañeros jesuitas. En otra nave iba el padre Francisco de Castro con tres hermanos coadjutores y en la nave Santiago, cargada con mercancías para las Canarias, Cabo Verde y Brasil, iba el padre Ignacio con 44 compañeros jesuitas. Llegaron sin novedad a la isla de Madeira el 12 de junio. Allí los mercaderes de Oporto insistieron en ir a la isla de La Palma (Canarias) para descargar parte de las mercancías y tomar otras. La nave Santiago, en la que iba el padre Ignacio con sus compañeros, hizo este viaje en solitario. Antes de embarcarse, el padre Ignacio, comprendiendo el peligro de los piratas, les dijo a sus compañeros que los que desearan podían quedarse para ir en otra nave. Y esto hicieron cuatro novicios.

Continuaron el viaje a las Canarias el 30 de junio. A los siete días avistaron la isla de la Palma, pero no pudieron entrar en el puerto por el viento contrario y se desviaron hasta la ensenada de Tazacorte.

Los 5 naves del corsario Jacques Sourie, vicealmirante de la reina de Navarra, doña Juana de Albret, a bordo del navío *Le prince* los interceptó. Los marineros y algunos seglares que iban de pasajeros se dispusieron a defenderse, pero eran cinco naves que la rodearon. Se lanzaron al abordaje y sucumbieron ante la gran superioridad. El padre Ignacio los animaba a todos a defenderse y a dar la vida por Cristo, estando de pie en el centro de cubierta, abrazando con fuerza un cuadro de la Virgen, obsequio del Papa Pío V. Lo hirieron de muerte y los herejes calvinistas iban matando a todos los que encontraban vestidos de jesuitas y los tiraban al mar. Respetaron a los marineros y seglares pasajeros. A los jesuitas les gritaban: *Mueran los perros papistas. Hay que echarlos al mar.* Antes de morir, el padre Ignacio, dijo, según los testigos: *Muero por la Iglesia católica y por lo que ella enseña.* Y a todos los suyos les dijo: *No tengan miedo, los espero en el cielo.*

Algo digno de anotarse es que un sobrino jovencito del capitán de la nave Santiago, que desde el principio del viaje estaba unido al grupo de jesuitas, siendo seglar, se sentía inclinado a ser como ellos y asistía a sus rezos y se sentía animado con sus reflexiones. Al ver la muerte de sus amigos, decidió ponerse un hábito de los que habían desechado los herejes, quienes al verlo vestido de jesuita, también lo degollaron. Los herejes solo respetaron la vida a Juan Sánchez, un hermano jesuita que era cocinero, porque querían que fuera su cocinero a bordo. De esta manera murieron, además del padre Ignacio, 38 compañeros y el sobrino del capitán. En total 40.

Después del martirio de los 40, los piratas llegaron a San Sebastián de La Gomera (Canarias). El conde de La Gomera, don Diego de Ayala, le exigió al pirata la entrega de los 28 miembros de la tripulación y algunos pasajeros que tenía prisioneros. Una vez que estos liberados llegaron al puerto de Funchal en la isla de Madeira, contaron a todos lo sucedido a los 40 mártires.

El mismo día del martirio, santa Teresa de Jesús tuvo una visión estando en éxtasis en el convento de Toledo. En ella vio abrirse el cielo y en medio de una inmensa luz vio entrar en el cielo a los 40 mártires con palmas en las manos y coronas en la cabeza. Ella reconoció con gran alegría a su sobrino Francisco Pérez Godoy y por sus hábitos afirmó que todos eran jesuitas. Esto se lo contó a su confesor el padre Baltasar Álvarez. Al poco tiempo todos reconocieron ser verdad, cuando llegó la noticia. Y esto viene referido en la vida de Santa Teresa escrita por Monseñor Diego de Yepes, que también fue un tiempo confesor de la

santa. Esta visión de santa Teresa fue examinada en la Sagrada Rota Romana y aceptada como verdadera.

Por otra parte el mismo día de su muerte, se apareció el padre Ignacio a su menor hermano Jerónimo, que estaba en las Indias Orientales, y le notificó que había sido asesinado por los herejes ³⁴.

Otros 12 jesuitas iban en otra nave cuando fueron interceptados por cuatro naves francesas y otra de Inglaterra el 14 de septiembre de 1571 y después de haberlos maltratado los tiraron al mar.

El padre Gil González, jesuita, nos dice: *Siendo este testigo provincial de la Compañía en Castilla la Vieja supo cómo yendo al Brasil 40 padres y hermanos de la Compañía, los mataron gente de la Baldomesa (piratas) entre los cuales iba un hermano deudo (pariente) de la Madre Teresa (de Jesús). Y por esta causa con gran cuidado tenía cuenta de encomendarlos a Dios.*

El Papa Benedicto XIV por bula del 21 de septiembre de 1742 reconoció el martirio de los 40 mártires. El 11 de mayo de 1854 el Papa Pío IX los beatificó a los 40. Su fiesta es el 15 de julio cada año. Los otros 12 que murieron también mártires en el barco en que iba el futuro gobernador Vasconcelos y que fue asaltado, no han sido hasta ahora beatificados, pero están en camino.

En la actualidad en Tazacorte (Canarias) se colocaron en el fondo del mar cuarenta cruces de piedra a 20 metros de profundidad, que recuerdan este triste episodio, humanamente hablando, pero de gloria y triunfo para Dios, la Iglesia, la Compañía de Jesús, España y Portugal. Es de anotar que aparte de los dos sacerdotes, todos tenían entre 15 y 30 años. Entre los beatos había 32 portugueses y 8 españoles. Francisco Pérez Godoy era el sobrino de Santa Teresa de Jesús.

FUENTES

Nieremberg Juan Eusebio, *San Francisco de Borja*, Ed. Apostolado de la prensa, Madrid, 1901.

Cabral Antonio, *Relazione della vita e martirio del venerabile padre Ignazio de Azevedo con altri 39 della Compagnia di Gesù*, 1743.

Diego de Yepes, *Vida de santa Teresa de Jesús*, Barcelona, 1887.

³⁴ Antonio Cabral, *Relazione della vita e martirio del venerabile padre Ignazio de Azevedo con altri 39 della Compagnia di Gesù*, Pranava books (India), 1743, pp. 172-175.

SAN JOSÉ DE ANCHIETA (1534-1597)

San José de Anchieta es uno de los grandes santos españoles de la Iglesia católica. Un gran investigador de la flora, fauna y geología del Brasil, a quien se le considera uno de los fundadores del país. Fundó la ciudad de Sao Paulo y contribuyó a la fundación de la ciudad de San Sebastián de Río de Janeiro.

Por su iniciativa se construyeron más de mil templos, hospitales y escuelas. Sabía con soltura español, portugués y tupí, la lengua de los indios, en la que escribió varias obras de teatro. Recorrió en sus afanes apostólicos territorios de los actuales países de Argentina, Uruguay y Brasil. Desde 1588 se le considera el apóstol del Brasil, como lo llamó el Papa Juan Pablo II el día de su beatificación.

Era un hombre humanamente muy completo: músico, autor de obras teatrales, médico, investigador de plantas medicinales, de insectos y de animales, no conocidos en Europa. Escribió una gramática, un diccionario y un catecismo en la lengua de los indios. Fue promotor de la paz entre portugueses y nativos, e investigador de las costumbres de los indios, respetuoso de su cultura.

Fue también un gran santo con éxtasis frecuentes, bilocación, don de agilidad sobrenatural, de resplandores celestiales y hacía muchos milagros para sanar enfermos o para manifestar la verdad de la fe cristiana y el poder de Dios.

También tenía dominio sobre los animales. En algunas ocasiones dos panteras (jaguares) le acompañaban cuando por la noche salía por la selva a orar, dándoles como paga su ración de frutos de la tierra. Había un buey feroz, a quien varios hombres no podían ponerle el yugo, y por su mandato un muchacho se lo colocó después de hacerle la señal de la cruz. En una ocasión, mandó a unos monos del bosque que lo acompañaran. A las serpientes les ordenaba que no hicieran daño a nadie y alguna vez las cogía con la mano para predicar a los naturales la bondad de Dios.

a) CARTAS INÉDITAS

Escribió: *Algunos niños pasan de esta vida al cielo repitiendo constantemente el nombre de Jesús. Uno de doce años, después de larga enfermedad, en su última hora, pidió confesión y a los tres días murió, repitiendo el nombre de Jesús. Decía: “Señor Jesús, eres Señor de la vida, ayúdame”. Otro de diez o doce años, llegando al último momento, decía: “Ya tengo muy buenas y hermosas vestiduras”. Piratininga. A fin de diciembre de 1556.*

Andamos visitando poblados de indios y de portugueses con tiempo bueno y con lluvias, con inundaciones de ríos y, muchas veces, pasando las noches en bosques oscuros, por caminos ásperos, estando los poblados lejos unos de otros. Y, aunque fuéramos más, no podríamos atender a todos. A veces estamos cansados y apenas podemos ir por los caminos. Parece que tenemos nosotros más ayuda de médico que los propios enfermos que vamos a visitar. Pero nada es difícil, cuando tenemos como meta la gloria de Dios y la salvación de las almas, por las que no dudamos en dar la vida. Muchas veces nos levantamos por la noche para ir a los enfermos o a los que mueren o para atender a mujeres en parto, sobre las que ponemos las reliquias de los santos. Entre estas cosas acontece bautizar a los bebés, porque estas mujeres fácilmente matan a sus bebés por cólera a sus esposos o bebiendo algunos brebajes para ello o tomando cargas pesadas o de otros modos que inventa la maldad humana...

A todos les damos rosarios para que, rezando avemarías, tengan amor y devoción a la Virgen... Los hermanos religiosos hacen de todo: vestidos, zapatos, alpargatas con hilo de cáñamo. A veces hay que curar enfermos, hacerles sangrías, hacer casas y cosas de barro, de modo que en nuestras casas la ociosidad no tiene lugar.

Se ven, especialmente en las mujeres, tanto libres como esclavas, señales claras de virtud, principalmente en huir y detestar la lujuria, que en estas gentes tiene su tiranía más cruel. Sufren las esclavas que sus señores las traten a bofetadas, puñetazos y azotes por no consentir su pecado. Otros, despreciándolas, se las dan a jóvenes deshonestos; a otras las quieren someter a la fuerza y ellas se defienden con manos y dientes, haciendo huir a los que quieren forzarlas. A una que le preguntaron de quién era esclava, respondió: "De Dios, Dios es mi Señor, a quien debes hablar si quieres algo de mí". También, cuando van a trabajar, alguna es seguida de un mozo desvergonzado y, cuando las quiere forzar, todas van en su ayuda...

En cuanto a los indios de la selva, muchas veces estamos en guerra con ellos y padecemos continuamente sus amenazas. Hace pocos días mataron a algunos portugueses que venían de Paraguay. También destruyen las cosechas y se llevan muchos cautivos. El año pasado se llevaron cautivas varias mujeres y las embarcaron en sus canoas. Una de ellas era mestiza, frecuentaba la doctrina y se confesaba. Resistió a los enemigos para que no se la llevaran y, como no lo pudieron conseguir, la mataron con muchas heridas. Días antes había dicho que, si querían llevársela, no había de permitir que se la llevaran viva para tenerla de manceba y que se haría matar antes que vivir así. Colegio de San Vicente, 1 de junio de 1560.

Había un anciano de más de cien años, que vivía a dos leguas de Piratininga. Los padres le pidieron que fuera a vivir a Piratininga para aprender las cosas de Dios. Y se vino a vivir aquí, aunque ciertos días iba con su gente a buscar de comer a otro lugar, donde tenía sus tierras. Cuando debía ir, primero andaba a las iglesias y, de rodillas, le decía en su lengua: “Señor, voy a buscar de comer y tardaré unos días, cuidame para que no me pase nada malo”. Hablaba al Señor con toda sencillez, como se habla con cualquier persona. Y cuando regresaba de su viaje, lo primero que hacía era ir a la iglesia a darle las gracias por su regreso. Cada día oía misa y encomendaba a sus hijos y nietos, que tenía muchos, que fueren buenos. Tenía un cayado con una cruz que nosotros le dimos y, cuando iba de viaje, este cayado con su cruz era su arco y sus flechas. Decía que Dios lo cuidaba de todo mal y le daba larga vida. Todo lo atribuía al Señor y su deseo era irse (al cielo) para estar con el Padre, que así llamaba a Dios.

Cuando le vino su última enfermedad, la recibió como de la mano del Señor. Repitió el santísimo nombre de Jesús hasta que ya no pudo hablar y se fue con él al cielo. A sus hijos les dejó como testamento que nunca se apartasen de la Iglesia. Uno de sus hijos, que desde pequeño había sido educado por los religiosos, se enfermó y, después de haberse confesado muchas veces, nos encomendó a su esposa e hijos para que viviesen y muriesen en Piratininga junto a la iglesia. Pidió la extremaunción y, cuando acabó de recibirla, pidió que lo encomendasen a Dios. A las dos horas entregó su alma a Dios. Carta al padre general Diego Laínez del 12 de junio de 1561.

El día octavo de la Visitación de la Virgen María, el 10 de julio de 1563, vinieron de mañana contra Piratininga muchos indios enemigos. Entre los que nos ayudaban a defendernos había primos, hermanos y familiares de los atacantes, incluso dos hijos cristianos estaban ahí contra su padre, que vino a asaltarnos. Las mujeres de los portugueses y los niños, así como de los mismos indios, se refugiaron en nuestra casa e iglesia por ser más segura y fuerte. Allí estaban algunas mestizas, que habían pasado toda la noche en oración con velas encendidas ante el altar y dejaron las paredes de la iglesia teñidas de sangre por las disciplinas que se daban.

Nos tuvieron cercados dos días, hiriendo a muchos de nuestros indios y, a pesar de que algunas heridas eran peligrosas, ninguno murió. Pero entre los enemigos dos estaban muy heridos y otros muertos; entre ellos había uno que se había preparado para el bautismo y era capitán de los malos. Él, sabiendo que

las mujeres estaban en nuestra casa y que allí había más cosas para robar, llevó hacia allí el combate, pero una flecha lo mató. Al segundo día, viendo que tenían muchos heridos, perdida le esperanza de poder entrar, se dedicaron a matar las vacas de los cristianos y destruyeron gran parte de los sembrados y frutos del campo. Por la tarde huyeron a toda prisa, de modo que no esperaba el padre a su hijo ni el hermano a su hermano.

Después de eso, nos asaltaban por los caminos, pero el Señor nos ayudó y ellos llevaron siempre la peor parte. Y como habían tomado por esclavos a algunos de los nuestros, que estaban en sus tierras, se juntaron algunos de nuestros cristianos y catecúmenos con tres portugueses y entraron en territorio enemigo unas veinte leguas y pudieron rescatar a 40 personas entre hombres, mujeres y niños, la mayor parte de ellos cristianos... Entre otros bienes que sacamos de esta guerra, uno fue que se bautizaron algunos esclavos de los portugueses que habían venido a ayudarnos. Algunos enfermaron gravemente y acudimos a curarlos. Vimos que algunos tenían nombre de cristianos, pero no lo eran por descuido de sus señores. Otros nunca se habían confesado. También de los indios enemigos algunos vinieron pidiendo el bautismo. Carta al padre general Diego Laínez del 16 de abril de 1563.

Muchas veces los indios entierran a sus hijos, si son mestizos o por alguna otra razón. Un día vi esto y fui corriendo a coger un paño mojado en agua. Desenterré al niño y estaba vivo. Ninguna mujer quería ayudarme a limpiarlo, pero cuando quise cortar el cordón umbilical, como no sabía, una anciana lo hizo y otra señora lo envolvió al niño en unos paños y se lo dio a una de ellas para que le diese de mamar. Así vivió un mes, y por falta de darle de mamar, murió.

SANTA ROSA DE LIMA (1586-1617)

Santa Rosa de Lima fue una santa mística de primer orden, que llevó una vida de grandes penitencias por amor a Dios y a los demás. El amor de Dios inflamaba su espíritu de tal manera que todo su ser respiraba caridad y deseo de ayudar al prójimo por medio de sus oraciones, sufrimientos y colaboración personal. Se esforzó en ayudar económicamente a sus padres, mientras tuvo buena salud, y ayudaba en las iglesias en la decoración de las imágenes.

Su amor a Jesús Eucaristía fue inmenso, al igual que su amor a la Virgen María. Sus santos predilectos fueron santo Domingo y, especialmente, santa Catalina de Siena, a quien trató de imitar y a quien llamaba madre.

Fue primero terciaria franciscana y después terciaria dominica y, a pesar de buscar siempre la soledad para estar a solas con Dios y no perder tiempo en cosas o conversaciones inútiles, era muy alegre. Por eso podemos llamarla la alegría de Dios. Amaba a los animalitos. Le gustaban mucho las flores y, sobre todo, le gustaba cantar y manifestar su amor a Jesús por medio de sus canciones. Su alegría la expresaba cantando. Su oración muchas veces era cantar o repetir jaculatorias de amor. Murió de amor a los 31 años de edad.

a) JESÚS EUCARISTÍA

El padre Juan de Lorenzana, por su parte, nos dice: *No había para la santa virgen mayor gozo que encomendarle cosas para servicio del Santísimo Sacramento como era aderezar andas para la fiesta del Corpus, hacer flores y ramilletes y otras curiosidades para ornato del Monumento en la Semana Santa, pues tenía para esto gran gracia y manos muy finas. Y era tan incansable en trabajar en estas cosas que, cuando el sacristán mayor de este convento (Santo Domingo) se veía apretado en estas ocasiones, ya sabía que el remedio era Rosa de santa María, y decía a este testigo el padre sacristán que muchas mujeres juntas no trabajaban tanto como ella trabajaba sola*³⁵.

Asimismo declara el padre Pedro de Loaysa que *siempre la santa se ocupó en servir al Santísimo Sacramento en labrar (coser), cuando podía, corporales y paliás y en particular en hacer ramilletes de seda para enviar a las iglesias para que los Jueves Santos asistiesen, como ella decía, en presencia de su celestial esposo... A este testigo le dijo la santa que todas las veces que recibía a Nuestro Señor parecía **que el sol de este cielo que vemos se le pasaba al pecho; porque así como este sol con la luz que tiene alumbraba al mundo y con la virtud produce varios efectos admirables, así este Señor en su alma no parecía sino un sol que la alumbraba toda e infundía en su alma afectos de amor, de caridad, de paciencia y mansedumbre y de todo lo bueno que se puede desear. Y esto duraba en su alma muchas horas y así le mandaban los confesores que no comiese hasta que las sagradas especies se consumiesen y la santa lo hacía de muy buena gana. Y entendió este testigo de la dicha bendita Rosa que estas especies sacramentales le duraban sin consumirse más de siete u ocho horas, y así no comía, porque, durando esta divina influencia y hartura soberana y satisfacción celestial, le era dificultísimo comer***³⁶.

³⁵ Proceso, p. 335.

³⁶ Proceso, p. 294.

Después de haber recibido al Señor estaba todo el día arrebatada y en todo el día no estaba para comer ni beber ni entender en otra cosa hasta la noche, que se desayunaba con su ordinario regalo que era acemita o se quedaba sin comer nada hasta el otro día; excepto los domingos que, por orden de este testigo (padre Lorenzana), comía alguna cosa...

El padre Luis de Bilbao recuerda que, *comulgándola muchas veces en la capilla de Nuestra Señora del Rosario y queriéndole mirar el rostro con atención, se lo abatía al suelo, porque le parecía que lo tenía bañado de resplandores divinos, tan venerable, grave y hermoso que le parecía el rostro de un ángel*³⁷.

*Y siempre traía en la boca estas palabras: “Alabado sea Dios, glorificado sea el Santísimo Sacramento del altar”, humillando la cabeza, las cuales oraciones jaculatorias, aspiraciones o afectos repetía tan continuamente que no se sabe cómo, sino que era ayudada con auxilio especial del cielo*³⁸.

Su hermano Hernando declara que *era tan continua en las alabanzas a Nuestro Señor que muchas horas del día y muy a menudo todos los días, cuando tenía oportunidad, las daba en voz alta cantando y en cualquier parte de casa que encontrase a alguien, fuese chico o fuese grande y quien quiera que fuese, lo saludaba diciendo: “Alabado sea el Santísimo Sacramento. Loado sea Jesucristo”. Y fue en esto tan continua y perseverante que, aunque viese a una persona muchas veces y muy a menudo en una hora, todas las veces hacía esta dicha salutación y los persuadió a todos sus hermanos y a toda la casa que hiciesen lo mismo. Y tenían ya hecho hábito en ello*³⁹.

b) EL NIÑO JESÚS

Rosa amaba mucho al Niño Jesús, que frecuentemente se le aparecía y le alegraba con su presencia. La señora María de Uzátegui manifiesta que Rosa tenía un gran amor a un Niño Jesús que esta testigo tenía en su oratorio y, algunas veces, entrando el contador Gonzalo de la Maza, su marido, al oratorio a decir requiebros al dicho Niño Jesús, le decía esta testigo a la dicha bendita Rosa: “Mira, hija, qué enamorado está el contador de su lindo niño”. Y decía ella: “Muy bien puede, porque el niño se alegra en viéndolo entrar y parece que se quiere saltar de la peana donde está y venírsele a los brazos”. Y así tiene para sí que la dicha bendita recibía particulares favores y mercedes de aquel bendito

³⁷ Proceso, p. 370.

³⁸ Loaysa Pedro de, *Vida de santa Rosa de Lima*, Lima, 1937, p. 37.

³⁹ Proceso, p. 528.

niño según el afecto con que le miraba. Y decía a todos los que entraban en el oratorio que lo amasen mucho ⁴⁰.

El padre Luis de Bilbao informa en el Proceso que, cuando Rosa fue a visitarlo, estando él gravemente enfermo, le dijo que no moriría y que predicaría en la fiesta de Virgen del Rosario, como así sucedió. Y dice: *Cuando le dijo a este testigo que no moriría, le dijo también: “Yo enviaré a vuestra paternidad acá mi médico. Póngale vuestra paternidad allí, en frente de la cama, y mire mucho por Él”. Y le envió luego que llegó a su casa un Niño Jesús muy lindo, enviándole a decir que aquel era el médico que le había prometido y el que le había de dar salud. Y todos los días, por las mañanas, le enviaba a preguntar que cómo estaba y qué decía su médico. Y, cuando le pareció que ya estaba fuera de todo riesgo, le envió a decir que le enviase allá a su médico que se hallaba muy sola* ⁴¹.

Este Niño Jesús presidía la sala de su casa donde atendía a los enfermos que llevaba a curar.

c) LA VIRGEN MARÍA

El padre Pedro de Loaysa asegura: *Fueron infinitas las mercedes que recibió de la imagen santa de Nuestra Señora del Rosario que está en el convento de nuestro padre santo Domingo y tantas que no se pueden bien decir. Una vez, viendo las disensiones que traían los padres de su Orden, a instancia de su padre confesor, se puso delante de la santa imagen y halló los rostros de Madre e Hijo muy enojados, como manifestando que las culpas eran graves y estaban justamente indignados. Y, continuando algunos días en su oración, al fin un día halló a Nuestro Señor aplacado y a su Madre santísima. Y llamando a su confesor, por cuya instancia había hecho oración, le dijo: “Padre de mi alma, ¡qué enojado han tenido a Dios esas personas, muy enojado ha estado, pero ya su divina Majestad ha sido servido de aplacarse por intercesión de la Madre santísima!...*

Y siguió diciendo el padre Loaysa, su confesor: *Un día, vine a esta capilla del Rosario de Nuestra Señora, me puse en oración y pedí con grandísima instancia a Nuestra Señora que alcanzase remedio de su Hijo en esta necesidad y aplacase a su Hijo si estaba enojado. Alcé los ojos a ver aquella santísima imagen y la vi afligidísima y llorando de manera que tenía los párpados de llorar tan grandes y gruesos como un canto de un real de a ocho. El niño, que en los brazos tenía, estaba con un rostro airado y enojado. Rogábale la Madre que*

⁴⁰ Proceso, p. 113.

⁴¹ Proceso, p. 376.

se aplacase y el niño no quería. Volví a casa desconsoladísima y, volviendo otro día a la capilla e instando en la misma oración, alcé los ojos a la santa imagen y hallé el rostro alegre y risueño y apacible. Volví al niño y lo vi desenojado como antes solía estar”⁴².

Cuando los pechelingues (corsarios holandeses) entraron al Callao el año pasado de 1615 por el mes de julio, estando ella en oración en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, vio que la santa imagen de la Madre de Dios estaba como ahilada (desfallecida) y afligida, con lo que ella entendió que la ira de Dios venía sobre esta ciudad. Después..., el mismo día u otro, se le mostró la santa imagen muy serena y como alegre, con que entendió que el Señor alzaba el cuchillo de su ira para no castigar esta ciudad⁴³.

Este suceso se refiere a lo ocurrido en 1615. El pirata Jorge Spilbergen había partido de Holanda con cinco naves artilladas y, después de un pequeño encontronazo con dos naves artilladas y un barco pequeño del virrey, siguió hacia el Callao, seguro de su superioridad. Lima entera, al saberlo, se puso en pie de guerra, y hasta los religiosos tomaron las armas. Toda la ciudad estaba alborotada y llena de temor. El corsario entró en el Callao el 21 de julio a la tres de la tarde y encontró 3.000 hombres apostados en la playa dispuestos a impedirle el desembarco. Al ver que no iba a ser fácil la toma de Lima, emprendió viaje hacia el norte. Llegó a Acapulco, donde se abasteció, y siguió rumbo a Indonesia y Filipinas, donde pereció en un encuentro.

Rosa, en ese momento, se mostró valerosa, capaz de dar la vida por Cristo, animando a todos a hacer lo mismo. Dice don Gonzalo de la Maza: *La bendita Rosa refirió que había tenido grandes consuelos, pareciéndole que se ofrecía ocasión en que podía dar la vida por su esposo y así había sacado unas tijeras del estuche y cortándose los hábitos para con mayor ligereza poder subir al altar, en caso de que fuese necesario defender el Santísimo Sacramento de los enemigos de la fe y morir por ella.*

SANTA MARIANA DE JESÚS (1618-1645)

Santa Mariana de Jesús es una santa joven. Murió a los 26 años de edad y en tan corta vida llegó a las más altas cumbres de la santidad. Su vida fue una fuente inmensa de gracias para su familia, para sus conocidos, para su patria y para el mundo entero. Y ella sigue viviendo y bendiciendo, porque la muerte total no existe, no existen los muertos. Sólo existen los vivos de aquí y los vivos de

⁴² Pedro de Loaysa, o.c., pp. 65-66.

⁴³ Proceso, p. 334.

allí, ambos en distinta dimensión, si queremos hablar así, pero todos en las manos de Dios.

En el caso de santa Mariana fue una azucena, una flor cuyo perfume todavía sigue esparciendo paz y amor por el mundo entero a todos sus devotos. No olvidemos que los santos no son exclusivos de su país, son de todos y para todos: y a todos reparten bendiciones en la medida en que los invocan y les piden ayuda.

Santa Mariana llevó una vida muy penitente. Dedicaba muchas horas a la oración, es decir, a la comunicación amorosa con Dios. No fue religiosa, ni vivió en un convento, pero vivió apartada del mundo en una habitación de su propia casa, yendo todos los días a misa a la iglesia de la Compañía de Quito.

a) **OFRECIMIENTO DE SU VIDA**

En la Cuaresma del año 1645 hubo una gran conmoción en Quito. Había una peste maligna, que estaba matando a bastantes personas en la ciudad. Además empezaron a sentirse fuertes temblores y la gente pensó que podía venir un terremoto al igual que había sucedido en Riobamba donde había dejado hacía pocos días la ciudad en ruinas. Ante esta situación muchos habitantes de Quito abandonaron sus casas y se acomodaron en plazas y campos. Las iglesias se abrieron el domingo de Ramos por la noche, porque se había extendido la noticia de que esa noche sería el fin de la ciudad, que sería asolada por un fuerte terremoto. Todos pedían a Dios misericordia. Tanto hombres como mujeres se confesaban y hacían penitencias públicas. Algunos pecadores gritaban y se acusaban de sus culpas. Y no faltaron quienes restituyeron el dinero robado.

Ante esta situación, algunos familiares de Mariana acudieron a ella a pedirle consejo y ella mandó decir a Juana de Caso, su sobrina, y a Juan de Salazar, su cuñado, que no se moviesen de casa, porque no sucedería nada de lo que decían. De hecho no hubo terremoto ⁴⁴.

Algunos predicadores, aprovechando estas circunstancias, seguían hablando de que además de la peste, un terremoto podía ser inminente. Sor Andrea María, sobrina de Mariana, declaró que el padre Alonso de Rojas, predicando en la iglesia de la Compañía, dijo públicamente que él ofrecía su vida por la salvación de la ciudad. Mariana estaba escuchando al pie del púlpito y también ella ofreció su vida por esa intención. Y desde ese día se enfermó gravemente y no pudo salir de casa.

⁴⁴ Elenchus selectarum attestationum de caritate, p. 61.

Tres días antes de morir, le pidió a su hermana Jerónima que la llevase a morir a su habitación para que no entrara nadie en su propio cuarto. También pidió que llamasen a su cuñado Cosme de Caso, porque anunció que no moriría antes de verlo, ya que él había sido para ella como un padre y quería pedirle su bendición antes de morir.

También pidió encarecidamente a su hermana Jerónima y a su sobrina Juana y a una virtuosa doncella, que vivía en la casa, que las tres solamente la amortajasen con decencia y no permitiesen que otra persona la tocase.

En su última enfermedad perdió el habla y le escribió una nota al hermano Fernando de la Cruz. En este escrito le decía: “Mi madre, santa Catalina de Siena, ha venido a visitarme y me ha mostrado una guirnalda bellísima para coronarme el día de mi partida y me ha dicho que el viernes, entre las nueve y diez de la noche, vendrán a llevarme mi esposo y la Virgen María. Murió el viernes, después de la fiesta de la Ascensión, a los 26 años y siete meses, el día 26 de mayo de 1645 ⁴⁵.

Juana de Peralta declaró: *Habiendo muerto Mariana hacia las diez de la noche, fueron a asistirle esta testigo y su hermana Catalina. En un momento le levantaron la cabeza y salió de su boca una bocanada de sangre fresca de extraordinaria fragancia que llenó toda la sala de un aroma suavísimo y tomando un pañuelo secaron la sangre para conservarlo como reliquia ⁴⁶.*

Sor Petronila de San Bruno certifica que Mariana murió el viernes después de la Ascensión; abrazando un santo crucifijo, besándolo tiernamente y teniendo una imagen de la Virgen María. Murió sin ninguna señal de agonía ⁴⁷. Su cuerpo quedó flexible y su rostro muy bello ⁴⁸.

El gran siervo de Dios, el hermano jesuita Fernando de la Cruz, que había sido su director espiritual, al momento que murió se recogió en oración y después dijo a los presentes: *No tienen que afligirse por la muerte de esta felicísima mujer, porque sin pasar por el purgatorio se fue derecha al cielo a gozar de Dios con tantos merecimientos que le sobran para repartir con los pobres que quedamos acá.*

El Congreso de la República del Ecuador la declaró heroína de la patria el 30 de noviembre de 1946. Es llamada la azucena de Quito.

⁴⁵ Sum p. 302.

⁴⁶ Sum p. 306.

⁴⁷ Sum p. 302.

⁴⁸ Sum p. 297.

BEATA SOR ANA DE LOS ÁNGELES (1602-1686)

La beata Ana de los Ángeles ha sido una de las santas más devotas de las almas del purgatorio. Desde muy joven conoció la vida de san Nicolás de Tolentino, considerado el patrono de las almas del purgatorio, y quiso imitarlo en su vida y, concretamente, en su amor por las almas benditas. Ella se dedicó en cuerpo y alma a orar por ellas y a buscar limosnas para mandar celebrar misas en su favor.

Todos los años mandaba celebrar unas 300 misas para la fiesta y novena de san Nicolás de Tolentino. Y las almas benditas se le aparecían para pedirle sufragios; le comunicaban sucesos futuros, la ayudaban en todo y la protegían del demonio.

También tuvo mucho amor y devoción a santo Tomás de Villanueva, que era tío de su padre, y a quien también consideró su guía y maestro.

Por supuesto que su amor a Jesús Eucaristía fue extremadamente importante; de modo que el día que no podía oír misa, por estar enferma o por obligaciones ineludibles, se sentía la persona más desgraciada del mundo. Cuando comulgaba, era con tanto amor a Jesús que lo sentía vivo en el sacramento. También María, nuestra Madre, se le hacía presente, como madre.

Los últimos 10 años de su vida estuvo ciega y tullida en cama, pero siguió haciendo el bien a todos, empezando por las hermanas del monasterio, al igual que a todos los pobres que acudían a pedirle ayuda. En alguna ocasión, las almas del purgatorio le dijeron que ella era su patrona y abogada. Por eso, tiene especial poder en su favor, en unión con san Nicolás de Tolentino.

Muchas veces se le aparecían las almas para pedir ayuda. Y san Nicolás de Tolentino se ofreció a ser su patrono para ayudarla y socorrerla en lo que necesitase ⁴⁹.

Doña María de Garmendia certifica haberle oído a la sierva de Dios que muchas veces la llevaba san Nicolás de Tolentino al purgatorio, especialmente el día de su fiesta y de su octava, y veía salir las almas benditas como estrellas resplandecientes que subían al cielo. Algunas veces eran tantas que llenaban el aire.

⁴⁹ Positio super virtutibus, pp. 225-226.

En una oportunidad, estaba enferma y las almas le dieron una bebida con la que mejoró. Decía que en aquella enfermedad, el Señor se dignó concederle la comunión por manos del glorioso san Bernardo, de quien era también muy devota ⁵⁰.

Un día no tenía dinero para los gastos de la próxima fiesta de san Nicolás y pidió a las almas benditas que movieran el corazón de alguien para que le ayudara. Y al rato vino al convento el obispo don Pedro de Ortega, quien le preguntó en qué estaba ocupada. Ella le respondió que pedía a las almas que movieran a alguien a ayudarle para celebrar la fiesta de San Nicolás. Y el obispo le respondió: *¡Qué grandes ladronas son estas almas! Yo estaba para dormir y me parecía que se llenaba la casa de gente y me decían: “La Madre Monteagudo te llama”*. Y, por eso, vengo medio vestido para ver de qué tiene necesidad. Y el obispo dio todo lo que necesitaba para la fiesta ⁵¹.

Un día le refirió sor Ana a sor Juana de santo Domingo que fue llevada a una sala muy grande donde vio que estaban penando, como en un círculo, muchas almas. En una parte, estaban los religiosos; en otra parte, las religiosas o los clérigos; y en el suelo del salón vio las almas de los seglares. Observó que en ese salón había una puerta que daba a otra sala que parecía más horrorosa, de donde salía un rumor espantoso, donde conoció algunas personas. Y con esta visión se acentuó más en ella el fervor por las almas. Y muchas de ellas venían a pedir oraciones y sufragios a la sierva de Dios ⁵².

Su capellán, padre Marcos, dice que un año, estando cercana la fiesta de san Nicolás de Tolentino, no tenía nada para hacer los sufragios a las almas benditas y se fue al coro a pedirles que mandaran todo lo necesario. Al poco rato, llegó a la portería el obispo Monseñor Gaspar de Villarroel e hizo abrir las puertas, pues ya estaban cerradas. Hizo llamar a la sierva de Dios y le preguntó qué estaba haciendo. Ella le respondió que encomendándose a Dios para que moviese a alguien para darle lo necesario para los sufragios de las almas en la fiesta de su patrón san Nicolás. El señor obispo le dijo que, mientras estaba rezando el Oficio divino, le habían quitado el breviario de las manos sin saber cómo, quedando asombrado. Inmediatamente, le vino a la mente la sierva de Dios y sus almas. Por eso, sin esperar más, había venido al convento para saber qué necesitaba.

La sierva de Dios le dijo que necesitaba 200 escudos, y el obispo se los dio. Así pudo celebrar bien la fiesta. Por ello, les pidió a las almas que se

⁵⁰ Positio, p. 144.

⁵¹ Sor Marta de san Nicolás, Positio, p. 441.

⁵² Positio, p. 226.

mostrarán agradecidas al obispo, aumentándole los bienes materiales y espirituales. Entonces, se le hicieron presentes algunas almas con una bandeja en la que había cruces resplandecientes. Ella les dijo que le dieran las cruces para adornar a su patrono, pero le respondieron que eran de Monseñor Villarroel, quien iba a ser nombrado arzobispo de La Plata. Pero, después de más de un año, se tuvo noticia de que otro había sido nombrado para ese cargo.

El obispo Villarroel fue al convento a decirle que por qué le había engañado. La sierva de Dios le respondió que no podía ser, porque sus almas nunca le engañaban. El obispo le hizo jurar que así iba a suceder. Hizo el juramento y, pasados algunos días, sor Ana le mandó decir al obispo el día y la hora en que recibiría la noticia de su nombramiento para que estuviese preparado. Así fue, pues llegó un soldado a caballo al palacio del obispo con los documentos de su promoción al arzobispado de La Plata, con lo que el obispo quedó maravillado ⁵³.

Una vez vino un alma con una corona a pedirle ayuda. Ella preguntó quién era y las almas le dijeron que era su rey Felipe IV. Ella le contó el caso a Don Antonio de Butrón y al licenciado don Diego de Vargas y a otros clérigos para que encomendasen al rey, que tenía muchos sufrimientos. Y así lo hicieron. Cuando llegó la noticia de la muerte del rey, se dieron cuenta de que había sido el mismo día (17 de setiembre de 1665) que ella lo había dicho. Y, en ese tiempo, contó haber visto un alma que llevaba en la cabeza una cosa con tres coronas, que se parecía a lo que ponen en la cabeza del apóstol san Pedro. Preguntó a Don Diego de Vargas qué significaba aquello y le dijo que se refería al Sumo Pontífice y así se verificó. Había muerto el Papa al tiempo que el rey Felipe IV.

En otra oportunidad, le contó a sor Juana de santo Domingo que había visto el alma del conde de Lemos y que supo que estuvo en peligro de condenarse por los malos consejeros que tuvo en su gobierno de virrey de estos reinos, pero por su gran devoción a la Inmaculada Concepción de María, se encontraba en vía de salvación ⁵⁴.

MADRE MARÍA DE JESÚS DE ÁGREDA (1602-1665)

La Madre María de Jesús de Ágreda (1602-1665) fue una religiosa concepcionista del convento de Ágreda (Soria) en España. Llegó a ser Superiora y allí vivió hasta su muerte. Desde los primeros tiempos de su vida en el convento, comenzó a tener carismas extraordinarios y un deseo muy intenso de

⁵³ Positio, p. 152.

⁵⁴ Positio, p. 228.

salvar almas. Ella fue la principal misionera de algunos territorios norteamericanos de Nuevo México, parte de Texas, Colorado y Arizona.

Durante los años 1620 a 1631 fue repetidas veces a aquellos territorios en bilocación y evangelizó a los indios, obrando la conversión de unos 500.000 indígenas. Un caso singular en la historia de la Iglesia y, sobre todo, extraordinario, dadas las enormes distancias y la oposición de muchos indios rebeldes.

Ella nos habla también de la presencia sobrenatural en aquellas tierras de dos misioneros franciscanos ancianos, que no eran españoles.

Los misioneros franciscanos se quedaron asombrados al ver la multitud de indios que acudían a ellos espontáneamente para que fueran a su tierra a bautizarlos, hablándoles de la *Dama azul* (por el color de su hábito). El padre Benavides regresó a España en 1631 y pudo hablar personalmente con la Madre Ágreda, quien le confirmó que había sido ella la misionera. El padre Benavides escribió un Memorial sobre la evangelización de la Madre Ágreda.

Dice el padre Benavides: *Escribo aquí parte de las maravillas que la divina Majestad ha obrado y va obrando en las conversiones de Nuevo México por ministerio e instrucción de la dichosa Madre María de Jesús...*

Los indios xumanas habían venido a pedir que fuese a bautizarlos el padre fray Juan de Salas; algunos años antes ya habían pedido cada año. Preguntándoles qué motivo tenían de pedir con tanta insistencia el bautismo dijeron que una mujer parecida a un retrato que allí había de la Madre Luisa de Carrión, pero más moza y hermosa, les andaba predicando en su tierra, y les dijo que viniesen a llamar a los padres de San Francisco para que fueran a bautizarlos; y los reprendían de flojos y perezosos porque no venían.

Fueron el padre fray Juan de Salas con su compañero fray Diego López, entrambos sacerdotes y predicadores, hijos de la provincia del Santo Evangelio, y en su compañía fueron dos soldados españoles y otros dos mozos, a los cuales salieron a recibir los indios en su tierra con cruces altas en procesión y allí pidieron a voces el bautismo y hasta las mujeres que tenían a sus criaturas de pecho les alzaban los bracitos tiernos, pidiendo por ellas a voces el bautismo.

Vinieron también allí los de la nación Sapie y los de la Gabatoa y pidieron el mismo bautismo por haberlo enseñado así la misma mujer, y viendo que estaban bien dispuestos los indios y que la mies era mucha y los obreros pocos, se determinaron a volverse de donde salieron que hay más de ciento doce leguas para llevar más religiosos y lo necesario para fundar iglesia; y

despidiéndose de la gente, les dijeron que tuviesen siempre gran fe en aquella cruz que allí les dejaban, que en todas sus necesidades hallarían en ella remedio.

Los indios les dijeron que antes que se fuesen les curasen sus enfermos y así los fueron trayendo luego; sería esto a las tres de la tarde y permitió Nuestro Señor que hubiese tantos que hubo que hacer hasta el otro día a las 10 y con sólo hacer los religiosos la señal de la cruz sobre el enfermo y decir el Evangelio de san Lucas y la oración de nuestra Señora “Concédenos” y la de Nuestro Padre san Francisco, quedaban sanos de todas sus enfermedades.

Cuando los religiosos querían partir, despidiéndose de las sobredichas naciones, llegaron también allí los embajadores del reino de Quivira que dista de allí seis o siete jornadas al Oriente y dijeron que de parte de los suyos venían también a llamar a los religiosos, porque también la mujer que allí andaba enseñándoles la fe, andaba en su reino de Quivira, haciendo lo mismo; y como los religiosos estaban ya de partida, respondieron a los embajadores que a la vuelta acudirían de buena gana a darles el bautismo, porque traerían más religiosos para todos, con lo cual los embajadores quedaron contentos y algunos de ellos desde allí se volvieron a su tierra de Quivira para avisar de lo que pasaba, y los otros se vinieron con los dichos dos religiosos a donde estábamos para volver con ellos y guiarlos a sus tierras. Yo los vi y dejé a un muchacho en el Nuevo México para que aprendiese la lengua española.

Habiendo, pues, sucedido grandiosas conversiones como tengo dicho de más de quinientas mil almas, a donde pocos años antes todo era idolatría; y todos ahora adoran al Señor y Creador universal...

Cuando comenzamos a tratar (con la Madre María de Jesús) de las conversiones de Nuevo México, le pregunté si había sido ella la que andaba por allá, predicando nuestra santa fe católica entre aquellas bárbaras naciones. Me dijo que sí, que Nuestro Señor había sido servido de enviarla allá por ministerio de sus ángeles y que es verdad que envió a los indios xumanas para encontrarse con los religiosos en el camino. Y que ella enseñó y dispuso a los demás indios cómo habían de salir con cruces altas y recibir a los religiosos y asistió con ellos al recibimiento y a sus predicaciones y a los milagros que hicieron, y dio las señales verdaderas de los religiosos en la forma que yo los conozco, diciendo que eran blancos y de rostros colorados como en efecto lo son los dichos padres, y también dio señas del capitán de los indios que era tuerto, aunque no le faltaba el ojo.

Todo esto es así y me lo dijo el mismo padre fray Juan de Salas y estas cosas no hay quien las sepa; y la Madre María de Jesús me las dijo como ellas pasan por allá, y que aquella gente toda andaba vestida de pellejos de animales

con pelo y que es gente bien inclinada y dócil; y que los indios pintaban mantas y las hilaban para dar a las mujeres y que ellos también las vestían, no al modo que se visten los españoles, sino rodeando aquellas mantas al cuerpo y que en las caras solían traer unas rayas y que los indios solían traer el cabello compuesto y cortado a su modo, y unas conchas en la cabeza para gala; y preguntándole yo si estaba cierta de estas cosas, me respondió:

- Si, Padre, me acuerdo muy bien y aun he tenido por ello también mis reprehensioncitas, porque estando yo mirando a un indio cómo estaba vestido y la cabeza y cabellos de aquel modo, me reprendió uno de mis ángeles, porque son más de dos los de mi guarda y custodia, y me dijo que no me divirtiese en aquello. Dijo haber sido ella propiamente la que envió desde el reino de Quivira aquellos embajadores a los religiosos para que fuesen a predicarles y que, por aquella parte a donde salieron aquellos embajadores, es lo último del reino de Quivira, el cual estaba al Oriente de allí; y que la gente de este reino, es muy dócil y mucha, y el reino muy grande y que está al Oriente del Nuevo México, donde dice que ha estado muchas veces; unas, presencialmente; otras, sus ángeles en su lugar y forma, predicando nuestra santa fe católica, y todo esto lo hemos sabido allá de los mismos indios que la han visto personalmente, porque nosotros no lo hemos merecido, aunque ella sí nos ha visto a todos...

Le pregunté si había visto aquel río grande donde el padre Ortega llegó, cuando pasó aquellas señales en los caminos, y me dijo que sí lo había visto y que era verdad que pasaba de donde se pone el sol a donde nace, hasta salir a la mar, y se holgó de que el padre Ortega le puso nombre “de San Francisco”; y que por aquella parte estaba el reino de Quivira y mucho más adelante el reino de Siclar, que es mayor que el reino de Quivira y de gente negra y muy feroz y muy belicosa; y que a este reino, a su parecer, milagrosamente aportaron dos religiosos de nuestro padre san Francisco, viejos, que ya son muertos o los martirizaron, y que le parece no eran españoles sino de otra nación y que bautizaron allí mucha gente.

Le pregunté si había estado en los pueblos de Nuevo México ya cristianos, donde estamos los religiosos de un lado y otro del río del Norte, y dijo que sí y que había asistido con nosotros algunas veces a los bautismos, y me dio las señales de algunos religiosos, en particular del padre fray Cristóbal de Quiroz, mediano de cuerpo, algo flaco, carilargo y colorado y, aunque es ya de edad, tiene pocas canas... y es todo así como lo dice la Madre. Este religioso estaba una vez bautizando y mucha gente estaba entrando en la iglesia y la Madre con sus propias manos los iba desviando, haciendo entrar y acomodar en la iglesia, y los indios, cuando no veían quién lo hacía, se reían. Dice que se acuerda muy bien de haberme visto y asistir conmigo en el bautismo y, antes que me viese, me dijo todas las señales como que era alto de cuerpo y pocas canas en la cabeza y

otras cosas, y esto me lo dijo en el confesionario, donde no podía verme ni me había visto antes por acá...

Estas cosas he merecido oír de nuestra Madre María de Jesús. Doy testimonio. Fray Alonso de Benavides ⁵⁵.

BEATO JUAN DE PALAFOX (1600-1659)

La vida del beato Juan de Palafox es una vida de intensa espiritualidad a pesar de sus muchas actividades desarrolladas como virrey de México y obispo de Puebla. Precisamente por querer hacer justicia y evitar toda huella de corrupción, tuvo muchos perseguidores y enemigos. Pero todo lo sobrellevó con paciencia por amor a Dios.

Escribió muchos libros sobre espiritualidad y también para defender sus ideas sobre el pago de los diezmos o sobre las doctrinas de los religiosos. Y también en defensa de los indígenas, que eran muchas veces explotados. Apoyó en todo a la Universidad de México, fundó el colegio San Pablo para la formación de sacerdotes, terminó la construcción de la catedral de Puebla y, siendo virrey y visitador real, arregló asuntos que llevaban muchos años sin resolverse.

En el juicio que le hicieron para analizar sus actuaciones en Nueva España, fue absuelto de toda culpa, mientras que algunos de sus enemigos fueron condenados.

Su vida fue activa y contemplativa a la vez. Fue un hombre de mucha energía tomando decisiones, pero a la vez todo lo ponía ante el Señor en sus momentos de silencio y en las largas noches de oración. Fue un hombre santo en medio de las actividades del mundo como virrey y como obispo. Y Dios le regaló muchos carismas sobrenaturales, que brillaron en su vida como antorchas en la oscuridad, para desempeñar mejor su misión.

El rey de España, aun reconociendo su buena labor en México, lo trasladó a España y lo nombró obispo de Burgo de Osma en Soria, donde murió lleno de méritos y siendo para todos un ejemplo de vida santa.

Durante 7 años fue visitador general del virreinato de Mónaco y de sus tribunales por orden del rey y debió hacer justicia y evitar abusos.

⁵⁵ Este Memorial se encuentra más resumido en el tomo V de la *Mística Ciudad de Dios*, Madrid, 1985, pp. 131-134.

Con la destitución del virrey, duque de Escalona, Palafox era constituido en virrey interino y gobernador de la Nueva España, capitán general, presidente de la Audiencia, además de visitador general y obispo de Puebla; también por cédula real del 19 de febrero de 1642 fue constituido en arzobispo de México, convirtiéndose en la primera autoridad civil y religiosa del virreinato. A este cargo de arzobispo de México renunció.

a) SU LABOR COMO VIRREY

El padre Gregorio Argáiz refiere: Cuanto a lo secular, después de tomada la posesión, luego que pasó a México compuso aquella Real Audiencia, cuyos ministros, así de la sala civil como de la criminal, andaban desterrados. Y averiguando y sustanciando sus causas, puso en corriente aquellos tribunales, castigando algunos testigos falsos y restituyendo su honor a diversos ministros, que inocentemente padecían. Concluyó con las principales comisiones de don Pedro de Quiroga y negocios de Acapulco, que en tanto cuidado y atención pusieron al Consejo de Indias. Acabó la residencia del marqués de Cerralbo, que se hallaba muy a los principios, y de todos sus allegados. Sustanció, concluyó y sentenció la del marqués de Cadreita y los suyos. Y es de advertir que sólo cualquiera de estas ocupaciones necesita de dos y tres años de término, por haberse de formar en más de trescientas leguas de distrito y concurrir grande número de demandas, que se ponen al virrey, a sus ministros, dependientes y allegados. Todas, pues, las sentenció e hizo en ellas entero cumplimiento de justicia. Visitó a los ministros de la Audiencia y concluyó las causas de los que se hallaren más gravemente culpados. De que resultaron diversas condenaciones y suspensiones de oficios. Y lo que más admira es que viniendo en grado de apelación a España al Consejo de Indias, todas las condenaciones y sentencias las confirmó, y aun algunas aumentó.

Fuera de esto, concluyó las visitas del Consulado, Casa de la moneda y Universidad, haciéndolos estatutos que confirmó después el rey nuestro señor, obra sumamente necesaria para su buen gobierno. Hizo ordenanzas para todos los tribunales del reino, ajustándolas a sus cédulas y decretos, remitiéndolas al Consejo para que las aprobase y se imprimiesen; que uno y otro fue trabajo de gran fatiga y utilidad. Recibió la sumaria de todos los ministros superiores e inferiores de la Audiencia, y dejó hechos los apuntamientos de sus cargos. Sentenció excesivo número de pleitos y demandas, que se sustanciaron en el tribunal de la visita general, con grande consuelo de los vasallos que la pidieron...

Prosiguió un prolijo pleito que sus antecesores y otros prelados en iglesias catedrales habían comenzado años antes contra algunas comunidades, que se habían sustraído de pagar los diezmos de las tierras que labraban, a título de algunos privilegios y exenciones. Y lo acabó y ganó, asegurando por aquella parte a las catedrales todas de la Nueva España su debida grandeza y autoridad, y al rey nuestro señor sus reales novenos; con que se fue corrigiendo y moderando la adquisición repetida de haciendas, que tanto perjuicio causaba a la república ⁵⁶.

Durante su virreinato protegió las costas de los ataques de piratas. En carta del 6 de noviembre de 1642 al conde de Salvatierra le dice que había *procurado llenar las arcas que hallé vacías con 40.000 pesos ejecutando las cédulas de los censos... Había limpiado la costa de Veracruz de portugueses, socorrido a La Habana y echado al enemigo de la boca del puerto, que había reducido a términos aquella plaza, que no tenía harina para hacer hostias para decir misa; refrenados los escándalos y excesos de los alcaldes mayores, desechó algunas cuadrillas de bandoleros y ladrones... y despachado gran número de pleitos* ⁵⁷.

Sin embargo, el nuevo virrey, conde de Salvatierra, no estuvo de acuerdo con algunas de sus actuaciones contra los alcaldes mayores, que perjudicaban a los indios y a la hacienda real. Era un abuso intolerable y un fraude fiscal. De modo que Palafox pudo decir que la Nueva España era de las provincias que menos contribuían con tributos a la Real Hacienda y era de las que más tributos recaudaban.

Palafox, como visitador general, consideraba que tenía autoridad para corregir y cortar los abusos de los alcaldes mayores, ya que la cédula real del 17 de noviembre de 1645 le encomendaba el castigo de esos abusos de los alcaldes mayores. Pero el virrey se opuso, ya que muchos de ellos eran criados o parientes suyos o delegados o agentes de grandes firmas comerciales, económica y socialmente poderosas. Los alcaldes lo denunciaron ante el virrey. El virrey pidió el parecer de la Audiencia y resolvió que se consultase al rey y, mientras tanto se suspendiese la ejecución de la cédula real respectiva. Entonces el rey Felipe IV decidió por decreto del 8 de julio de 1647 cesar a Palafox como visitador general y, al mismo tiempo, decidió el traslado del conde de Salvatierra al Perú.

BEATO SEBASTIÁN DE APARICIO (1502-1600)

⁵⁶ Argáiz Gregorio, *Vida de don Juan de Palafox*, Pamplona, 2000, pp. 130-136.

⁵⁷ Archivo de Ariza. Papeles secretos del duque de Escalona N° 2, fol 99 al 102.

La vida del beato Sebastián de Aparicio es una vida espectacular, porque fue una vida llena de milagros. Su comunicación con los santos y los ángeles era continua y, cuando tenía alguna necesidad, ellos venían en su ayuda. Algunos santos eran sus amigos especiales, como el apóstol Santiago, su padre san Francisco, san Diego de Alcalá, san Antonio de Padua... También se le aparecían con frecuencia las almas del purgatorio y los ángeles para ayudarlo en los momentos difíciles.

Hasta los 70 años vivió como seglar y, trabajando la tierra o transportando mercancías con sus carretas y sus bueyes, se hizo rico. A los 60 años se sintió solo y, guardando su castidad, se casó para tener una compañía y quien lo cuidara. Su primera esposa murió. Se casó una segunda vez y pasó lo mismo. Entonces repartió sus bienes y entró de hermano lego franciscano con más de 70 años.

Sin embargo, a pesar de su ancianidad, Dios le dio una vida larga, ya que vivió y trabajó prácticamente hasta su muerte a los 98 años. Es de anotar que, a pesar de haber nacido en España, vino a México con 31 años y aquí vivió hasta su muerte. Es considerado el primer caminero o carretero, ya que con sus carretas y sus bueyes instituyó esta profesión para transportar materiales o alimentos de un lugar a otro. Él era especialista en amansar bueyes y sujetarlos a las carretas.

Como vemos, una vida humanamente de mucho trabajo físico, aunque nunca descuidó su vida espiritual. Siempre iba con su rosario en la mano, estando en comunicación continua con el Señor, la Virgen María, los santos y los ángeles.

Blas Hernández declaró en su Proceso de canonización que veía a fray Sebastián con sus carretas, cada una con ocho o diez bueyes y le preguntó cómo podía él solo manejar los bueyes. El siervo de Dios le respondió que le ayudaba su padre san Francisco. Y preguntándole cómo le ayudaba, exclamó: *Con la figura de un fraile como él, andando en su compañía y ayudándolo a llevar las carretas y colocar y soltar a los bueyes según la necesidad*⁵⁸.

*Cuando había dos o tres días de fiesta seguidos, se venía del campo a Puebla para poder dedicarse a la oración y oír misas y comulgar. El guardián le dijo un día: “Fray Aparicio, ¿cómo deja las carretas y los bueyes en el campo, cuando hay tantos ladrones?”. Respondió: “No se preocupe, allí queda mi padre san Francisco, que las cuida”. A él le encomendaba todo y no faltaba nada*⁵⁹.

⁵⁸ Sumario del Proceso de canonización, p. 49.

⁵⁹ Diego de Leyba, *Vida y milagros del siervo de Dios fray Sebastián de Aparicio*, Sevilla, 1687, p. 71.

Un día llegó a casa de Francisca Meléndez para recibir una carga de maíz que le había ofrecido. Fue en una mula y él solo la cargó, cuando la señora estaba cocinando para darle algo de comer. Ella se asombró de ver la mula ya cargada con dos sacos muy pesados de mazorca y, al preguntarle cómo había podido cargar los sacos, siendo anciano y con pocas fuerzas, respondió: “San Francisco me ayuda”⁶⁰.

En otra ocasión iba Sebastián con sus carretas y una de ellas quedó con el eje roto y orando al Señor pudo continuar con esa carreta durante tres días hasta llegar a su destino, lo que humanamente era imposible. Se maravilló el ayudante que venía acompañándolo en ese viaje y le preguntó: “¿Cómo se explica esto?”. Y le respondió: “Nuestro padre san Francisco va cuidando la rueda para que no se salga del lugar. Y así debió ser, anota el declarante del Proceso, porque el padre san Francisco siempre venía a socorrerlo en cualquier necesidad”⁶¹.

San Antonio de Padua de quien era muy devoto por haber profesado el día de su fiesta, le favoreció visiblemente en algunas ocasiones y, sobre todo, san Diego de Alcalá, a quien trataba con mucha familiaridad, pues había sido lego franciscano como él. Un testigo declaró en el Proceso que, veinte días antes de su muerte, le oyó hablar al venerable con san Diego y le dijo: *Presto iré a hacerte compañía*. En otra ocasión la señora Constanza Díaz, esposa de Juan Ruiz, le pidió que rogara al Señor que le diera algún hijo, porque no podía concebir y su esposo deseaba mucho descendencia. El venerable hermano no le decía nada, cuando iba a casa de esa señora. Ella le insistía, hasta que un día le respondió: *“Se lo he dicho a Diego y me respondió que no le conviene tener hijos y que nunca los tendrá”*. Desde ese día, ella se resignó y su esposo aceptó la situación y estuvieron en paz⁶².

*Otro día se le perdió el manto y un amigo le ayudó a buscarlo, pero no lo encontraron. En la noche se acostó bajo una carreta sin el manto, que era su cobertor por las noches. En la mañana lo vio con el manto y, al preguntarle dónde lo había encontrado, respondió que san Diego se lo había traído. Otra vez, en que también perdió el mismo manto, fray Sebastián le aseguró que lo había traído san Antonio de Padua*⁶³.

En una ocasión, fray Sebastián le dijo a Gregorio Barrientos *que había perdido el manto. El señor Gregorio le respondió que no se preocupara, porque él le daría otro; pero cuando regresó después de 15 ó 20 días le manifestó que*

⁶⁰ Diego de Leyba, o.c., p. 73.

⁶¹ Sum p. 296.

⁶² Diego de Leyba, o.c., pp. 182-183.

⁶³ Sum p. 56.

ya lo había encontrado en casa de cierto indio, porque san Diego le había dicho dónde estaba y que el indio, queriéndolo cortar, no había podido hacerlo con tijeras después de intentarlo dos o tres veces, porque parecía tan fuerte como el hierro ⁶⁴.

Una noche fray Sebastián durmió bajo una carreta junto a la casa del testigo y él y su madre, temprano por la mañana, sintieron que hablaba solo y fueron despacito a escuchar qué decía y oyeron: “Ven aquí, Diego, no te vayas”. Ellos le preguntaron con quién hablaba y respondió sonriendo que hablaba con san Diego y que le estaba pidiendo que cambiasen sus rosarios ⁶⁵.

El guardián le había asignado un indio para que siempre lo acompañase y le ayudase en las carretas y con los bueyes, pero el indio, a veces, se desaparecía o tomaba licor o era caprichoso y muchas veces por la noche lo dejaba solo. En esos momentos él acudía al cielo y le pedía al Señor y a sus amigos celestiales que vinieran en su socorro y nunca le fallaban.

BEATO JUNÍPERO SERRA (1713-1784)

La vida del beato Junípero Serra es la vida de un gran misionero. Algunos lo llaman el último de los conquistadores españoles; otros dicen que fue el más santo de los conquistadores. Hay quienes lo nombran como el apóstol de California, pues fue el pionero en la evangelización y civilización de esta gran región del Estado de California en los Estados Unidos.

Fray Junípero fue un sacerdote franciscano que vivió el espíritu de san Francisco con radicalidad. Llevó una vida de pobreza y sacrificio hasta el punto de ser un modelo y ejemplo para todos los que lo conocieron.

Siempre estaba dispuesto a perdonar a todos. Amaba a los indios con tal intensidad que quería verlos a todos cristianos y, cuando ellos mataban y asaltaban las misiones, siempre pidió que fueran moderados en el castigo y que los perdonaran, porque de otro modo se alejarían definitivamente y no podrían convertirlos a la fe cristiana.

Varias veces se encontró en peligro de muerte, pero nunca retrocedió en sus planes de llevarles el mensaje cristiano. Con frecuencia se enfrentó a las autoridades que le ponían trabas y denunció los abusos de algunos soldados contra sus amados indios.

⁶⁴ Sum p. 115.

⁶⁵ Sum p. 118.

El fundó nueve misiones pero, después de su muerte, Dios bendijo tan abundantemente las misiones que, en pocos años, se fundaron otras doce y las conversiones aumentaron en gran número. Además, ya no había penuria de medios o de alimentos como al principio, y todas las misiones estaban bien abastecidas y muchos indios trabajaban, estudiaban y aprendían nuevos oficios con los misioneros.

Por algo la nación americana ha colocado su estatua entre los 96 padres fundadores de la patria en el Capitolio de Washington.

Un punto importante en la gran tarea de la evangelización era enseñarles a los indios a trabajar. Los mismos misioneros eran sus maestros en todo género de trabajos. Manejaban la sierra, el pico, el machete, derribaban árboles, roturaban el terreno para la siembra, hacían adobes para construir casas y conseguían de las autoridades toda clase de ganado para enriquecer la misión y tener alimentos para todos. Conseguián mulas para los viajes, vacas, bueyes, ovejas, cabras, puercos, gallinas y toda clase de aperos de labranza para cultivar la tierra.

También construyeron acueductos de mampostería para llevar agua a los sembríos. Además hacían de profesores para enseñarles el castellano, poniendo especial interés en los niños para que aprendieran a leer, escribir y contar, formando con ellos un coro para las misas... Era todo un pueblo que estaba dirigido y ordenado por los sacerdotes.

Cuando fray Junípero vio a sus hijos los indios en estado de trabajar con mayor afición que a los principios, trató de que hiciesen una iglesia de mampostería con bastante capacidad para encerrar mucha gente... La iglesia se adornó con retablos, altares, y colaterales dorados; y en el coro se puso órgano, buscando maestro que lo enseñase a tocar a los indios en las misas cantadas. Con el ejercicio de estos trabajos, quedaron habilitados para varios oficios como de albañiles, carpinteros, herreros, pintores, doradores. Y no olvidándose de apartar del ocio a las mujeres, las empleaba en las correspondientes tareas de su sexo como hilar, tejer, hacer medias, calcetas, coser, etc ⁶⁶.

El sistema de evangelización estaba regulado por unas *Instrucciones*, emanadas del Colegio San Fernando. Veamos algunas de ellas: *Procuren los misioneros que cada día, al salir el sol, se congreguen en la iglesia al son de campanas todos los indios e indias grandes, tanto paganos como neófitos, sin que ninguno falte. Uno de los misioneros rece con ellos las oraciones y texto de*

⁶⁶ Paláu Francisco, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del padre fray Junípero Serra*, México, 1787, p. 34.

la doctrina cristiana y les explique en castellano los misterios principales. Después que hayan salido los grandes, practiquen lo mismo por la mañana y por la tarde, antes de ponerse el sol, con los niños y niñas de más de cinco años, sin permitir que ninguno falte a este santo ejercicio. Los catecúmenos, los novios que se van a casar o los que han de cumplir el precepto pascual de la confesión, asistan también a él mañana y tarde, para que se instruyan antes de recibir los santos sacramentos. Igualmente se obre con los que olvidaron la doctrina, a pesar del diario ejercicio.

Los días de fiesta vigilen cuidadosamente que ninguno falte a la misa del pueblo ni a la plática que en ella se hace para explicar el Evangelio o los misterios de la fe. Procuren acomodarse con prudencia y discreción a la rudeza y necesidad de los indios. Uno de los misioneros los llame a todos por el padrón según sus nombres y que uno a uno se le acerquen para besarle la mano.

Exhorte a los más capaces y hábiles a la frecuencia de los santos sacramentos —además del cumplimiento del precepto de la Iglesia— principalmente en las grandes solemnidades, y a oír misa aun en los días feriales, aunque dejándolos siempre en libertad.

En sus enfermedades procuren visitarlos a menudo y que sean curados y asistidos con el mayor cuidado, según lo permitan las posibilidades locales; que reciban los santos sacramentos de que son capaces, los auxilién en su muerte y que el pueblo asista al entierro.

Asimismo pongan esmero en reconciliarlos en sus enemistades y litigios, enseñándoles a vivir en la paz y caridad cristianas, sin permitir escándalos o malos ejemplos en la misión⁶⁷.

a) MISIÓN DE SAN FRANCISCO

Viendo que el barco tardaba en llegar se determinó empezar a cortar madera para las fábricas del Presidio cerca de la entrada del puerto, y para las de la misión en este mismo sitio de la Laguna... El barco entró el 18 de agosto... Se hizo la solemne posesión del presidio el día 17 de septiembre, día de la impresión de las llagas de Nuestro Padre San Francisco, patrón del presidio y puerto. Canté dicho día la primera misa, después de bendita, adorada y enarbolada la santa Cruz. Concluida la función con el “Te Deum”, hicieron los

⁶⁷ Miglioranza Contardo, *Fray Junípero Serra*, Buenos Aires, 1988, p. 74.

señores el acto de posesión en nombre de nuestro Soberano con muchos tiros de cañones de mar y tierra y de fusilería de la tropa ⁶⁸.

Después de haber investigado el terreno de la comarca cercana y en vista de que el barco debía regresarse a Monterrey y no había orden de fundación de la misión por parte de Rivera, se procedió a ella el 4 de octubre, bendiciendo la capilla. Y el día 9 se realizó la solemne inauguración y toma oficial de posesión. Ese día no había ningún gentil asistiendo a la misión, porque habían huido a unas islas despobladas, porque sus enemigos los indios de la nación Salcona les habían caído de sorpresa y habían quemado sus rancherías. Esto ocasionó demora en su conversión, pues hasta marzo de 1777 no se dejaron ver.

Palóu refiere: *Los naturales de este sitio y puerto (donde comenzó la fundación de la Ciudad de S. Francisco en USA) son algo trigueños por lo quemados del Sol, aunque los venidos de la otra banda del puerto son más blancos y corpulentos. Todos, hombres y mujeres, acostumbran a cortarse el pelo a menudo, principalmente cuando se les muere algún pariente o tienen alguna pesadumbre, y en estos casos se echan puñados de ceniza sobre la cabeza, en la cara y en otras partes del cuerpo... En ninguna de las misiones que pueblan el tramo de 200 leguas, desde esta misión hasta la de San Diego, no se ha hallado en ellas idolatría alguna, sino una mera infidelidad negativa, pues no se ha hallado la menor dificultad en creer cualquiera de los misterios. Sólo se han hallado entre ellos algunas supersticiones y vanas observancias y, entre los viejos, algunos embustes, diciendo, que ellos envían el agua, hacen la bellota, hacen bajar las ballenas, el pescado, etc.*

Siempre que se enferman, lo atribuyen a algún indio enemigo que les ha hecho daño y queman a los que mueren... Manteníanse los gentiles de este puerto de las semillas de las yerbas del campo, corriendo a cargo de las mujeres el recogerlas cuando están en sazón, las que muelen y hacen harina para sus atoles y entre ellas tienen una especie de semilla negra y de su harina hacen unos tamales a modo de bolas, del tamaño de una naranja, que son muy sabrosos, que parecen de almendra tostada muy mantecosa. Ayúdanse para su manutención del pescado que de distintas especies cogen en las costas de ambos mares, todo muy sano y sabroso, como también del marisco, que nunca les falta, de varias especies de almejas, como también de la caza de venados, conejos, patos, codornices y tordos. Logran en alguna ocasión el que quede en la playa alguna ballena, lo que celebran con gran fiesta por lo muy aficionados que son a su carne, que es todo manteca. Hacen de ella trozos, la asan bajo tierra y la cuelgan en los árboles y, cuando quieren comer, cortan un pedazo y lo comen junto con otra de sus viandas; lo mismo hacen con el lobo marino. Tienen

⁶⁸ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 209-210.

bellota, de la que molida, hacen sus atoles... Hay mucha fresa muy sabrosa y más grande que la de España, que se da en los meses de mayo y junio, como también moras de zarza... Van desnudos y, para librarse del frío que todo el año hace en esta misión, principalmente en las mañanas, se embarran con lodo, diciendo que les preserva del frío y, en cuanto empieza a calentar el sol, se lavan. Las mujeres usan un delantal que hacen de hilos de tule que no pasa de la rodilla...

Para sus casamientos no conocen el parentesco de afinidad. Antes bien, éste los incita a recibir por sus propias mujeres a sus cuñadas y aun a las suegras, y la costumbre que observan es que el que logra una mujer tiene por suyas a todas sus hermanas, teniendo muchas mujeres sin que entre ellas se experimente la menor emulación, mirando a los hijos de sus hermanas, segunda o tercera mujer, con el mismo amor que a sus propios hijos, viviendo todos en una misma casa ⁶⁹.

SAN MARTÍN DE PORRES (1579-1639)

Queremos proclamar ante el mundo las maravillas que Dios ha hecho en la vida de san Martín de Porres, el santo peruano universal, patrón de la justicia social. Este santo mulato, era hermano donado, ni siquiera lego, en la Comunidad de su convento dominico de Lima, pero llegó al más alto grado de santidad.

Sus carismas eran la admiración de cuantos lo conocían. Tenía el don de sutileza, pasando a través de las paredes y puertas cerradas; el don de bilocación para estar, a la vez, en dos lugares; el don de la agilidad para trasladarse en un instante a sitios distantes; el don de luces y resplandores sobrenaturales; el del perfume sobrenatural, discernimiento de espíritus, conocimiento de cosas ocultas y, muy en especial, el don curación.

Era muy humilde y servicial con todos. Y a todos atendía como enfermero de la Comunidad, preocupándose especialmente de los pobres (españoles, indios o negros), a quienes sanaba y daba limosnas. Pero también era caritativo, curando a los animales enfermos, que traía de la calle al convento. Los animales le obedecían y él consiguió que, en distintas ocasiones, pudieran comer juntos, sin pelear, perros, gatos y ratones.

a) CON LOS HOMBRES

⁶⁹ Ib. pp. 215-217.

Uno de los rasgos característicos de la vida de san Martín fue su gran caridad con todos. El padre Fernando Aragonés, su compañero enfermero, afirma: *Era tan grande su caridad que no hubo cosa imaginable que no la ejecutase..., sirviendo en sangrar y curar a los enfermos, dando limosnas a españoles, indios y negros, porque a todos los quería y amaba con singular amor y caridad. Casó huérfanas, vistió pobres y a muchos religiosos necesitados les remediaba sus necesidades así de hábitos como de lo demás que les faltaba y ninguno llegó a pedirle por Dios que fuese desconsolado... y algunos hombres ricos le daban dinero para dar limosna por su mano y a la puerta de la portería esperaban a dicho siervo de Dios, españoles pobres para que les curase postemas y llagas incurables, envejecidas y rebeldes a las medicinas. Y en cuatro días que les curaba y ponía manos, las reducía a mejor estado, sanándolas.*

Lo mismo hacía a los indios y negros a quienes curaba el dicho siervo de Dios con ardiente celo de caridad y amor de Dios que ardía en su alma. Y en este tiempo hubo una peste en esta ciudad de una enfermedad que llaman alfombrilla o sarampión en la cual tuvo este testigo en su enfermería sesenta enfermos, los más de ellos mancebos novicios. Esta enfermedad daba crueles calenturas que se subían a la cabeza... El siervo de Dios estuvo sin parar de día y de noche, acudiendo a dichos enfermos con ayudas, defensas cordiales, unturas, llevándoles también a medianoche azúcar, panal de rosa, calabaza y agua para refrescar a dichos enfermos. Y a estas horas, maravillosamente entraba y salía del noviciado, estando las puertas cerradas y echados los cercos⁷⁰.

El mismo testigo señala que a mediodía, a horas de comer, iba el siervo de Dios al refectorio (comedor) y llevaba una taza y una olla para recoger su comida y lo demás que sobraba a los religiosos que comían a su lado y, si veía algún pobre a la puerta de dicho refectorio, era notable su inquietud hasta enviarle de comer... Y con no comer el dicho siervo de Dios más que pan y agua por su mucha abstinencia, quería que todos comiesen muy bien, por su mucha caridad. Y acabando de comer, sacaba su olla y su taza llena de comida y se iba a la cocina de la enfermería, donde le esperaban a aquellas horas pobres españoles, negros e indios enfermos y hasta perros y gatos que a aquella hora esperaban el sustento por mano del siervo de Dios. Y antes de repartir, les echaba la bendición, diciendo: “Dios lo aumente por su infinita misericordia”. Y así parece que sucedía, que se lo aumentaba Dios por su mano, pues comían todos y llenaban sus ollitas y quedaban todos contentos hasta los perros y gatos. Y en acabando, quedaba tan gozoso que decía que no había tal gusto como dar a pobres⁷¹.

⁷⁰ Proceso de canonización, p. 124.

⁷¹ Proceso, p. 125

Y, estando repartiendo la comida a los pobres, cuando parecía que ya se acababa y que no podía alcanzar para cuatro o seis de ellos, por más y más que acudiesen, para todos había; y sobraba para otros que viniesen ⁷².

Su caridad la desplegaba en primer lugar con sus hermanos religiosos de quienes era enfermero. Con ayuda de algunos ricos que le ayudaban, llegó a tener en la ropería para los enfermos ropa *que se llegó a evaluar en más de seis mil pesos, de donde vestía a los religiosos pobres que no tenían de donde les viniese. Y era tanta su caridad que todos los sábados, una canasta grande que tenía, la cargaba de ropa limpia e iba de celda en celda de los religiosos pobres a dársela para vestirse; y los lunes volvía de la misma suerte a recoger la que se habían quitado* ⁷³.

Algunos años antes de que muriese, hizo en la enfermería del convento más de 80 camisas de lana; las cuales repartía entre los religiosos a fin de que no se las pusiesen de lienzo sino de lana, para que observasen la Constitución que trata de no vestir lienzo. Y también para que le diesen las de lienzo para los enfermos de la enfermería ⁷⁴.

Para ello, salió el venerable fray Martín con grandísima humildad a pedir limosna por las calles de los mercados y otras partes de esta ciudad. Y como era tan querido y estimado de las personas más principales, juntó lo que fue bastante para que cada religioso, así maestros, sacerdotes, mozos y novicios, tuviesen tres túnicas ⁷⁵.

Juan Vázquez Parra declara que *se ocupaba todos los sábados de la semana en dar 400 pesos a 160 pobres, que se repartían de limosna; los cuales buscaba fray Martín en martes y miércoles que juntaba, porque el jueves y viernes lo que buscaba era aparte para clérigos pobres; porque la limosna que juntaba el sábado se aplicaba a las ánimas (del purgatorio), juntándola con la del lunes. La del domingo era poca... la ocupaba en comprar frazadas (mantas) para dar a algunas pobres negras y españolas; a unas, camisas y, a otras, frazadas, y a cada una en particular de lo que necesitaba le socorría antes de que se lo pidiesen* ⁷⁶.

Fue un hombre de grandísima caridad. En el oficio de enfermero que ejerció, usaba tanto de ella para con los religiosos enfermos que, además de

⁷² Francisco de santa Fe, Archivo Vaticano, fol 682-682v.

⁷³ Padre Alonso de Arenas, Proceso, p. 219.

⁷⁴ Padre Gonzalo García, Proceso, p. 349.

⁷⁵ Padre Salvador de la Mata, Proceso, p. 288.

⁷⁶ Proceso, p. 388.

*asistirles con el mayor amor del mundo, le tenían todos por padre y amparo, llamándole padre de los pobres*⁷⁷.

El padre Gonzalo García recuerda que *en muchas ocasiones vio que en el convento entraban en la enfermería por la portería falsa algunos hombres que los traían heridos y con algunas heridas penetrantes y de muerte, y aplicando un mediano remedio a la herida y haciendo la señal de la santa cruz sobre ella, sin otros remedios, dentro de pocos días quedaban sanos y buenos*⁷⁸.

Muchas veces *se iba a la ranchería, donde estaban los negros a quienes llamaba tíos. Y en viendo al siervo de Dios, cada uno salía con un achaque; unos de llagas, otros descalabrados y otros con dolores que padecían; y a todos los curaba con una cajita de ungüentos y trapos que llevaba, dejándolos consolados a todos; y les reprendía sus vicios y a algunos les decía lo que habían hurtado aquel día y les reñía mucho. Y luego se iba a los aposentos de las negras enfermas viejas y las curaba y consolaba, doliéndose de sus trabajos todo lo cual era su recreación, su gusto y su deleite*⁷⁹.

Y no sólo se preocupaba de los cuerpos, sino también de sus almas. Fray Francisco de santa Fe declara que *andaba en las haciendas del convento, enseñando la doctrina cristiana y la fe de Jesucristo a los negros e indios y gente rústica que asistían a ellas*⁸⁰.

*A la gente rústica, como negros e indios, los procuraba atraer al camino verdadero de la salvación, exhortándoles en Dios a que guardasen sus mandamientos y no le ofendiesen*⁸¹.

*A todos encargaba mucho que no ofendiesen a su divina Majestad y le amasen sobre todas las cosas y a sus prójimos como a sí mismos, dándoles saludables consejos y procurándoles encaminar al camino verdadero de la salvación*⁸².

En una oportunidad, se preocupó de un holandés (antiguo corsario) que vivía en la ciudad. Se llamaba Esteban y *era tenido por cristiano. Se casó y, estando para morir en el hospital de san Andrés de esta ciudad y agonizando tres días con admiración de los que le asistían y veían tanto penar, el último día fue al dicho hospital el siervo de Dios a toda prisa y le dijo al enfermero:*

⁷⁷ Padre Antonio Gutiérrez, Proceso, p. 293.

⁷⁸ Proceso, p. 349.

⁷⁹ Fernando Aragonés, Proceso, p. 127.

⁸⁰ Proceso, p. 318.

⁸¹ Padre Antonio Gutiérrez, Proceso, pp. 292-293.

⁸² Juan de Guarnido, Proceso, p. 305.

“¿Cómo es esto? ¿Estaba sin bautizarse y se quiere morir?”. Y así después se averiguó que no estaba bautizado y le dijo tantas cosas en orden a su conversión que lo consiguió y le pidió bautizarse; y el siervo de Dios fue a toda prisa a llamar al cura, a quien hizo que bautizase a aquel enfermo y lo casase con que luego murió⁸³.

En muchas ocasiones manifestó su deseo de ser mártir en el Japón. A este respecto, el padre Francisco de Arce manifiesta que oyó decir a un religioso de probada virtud, que *iba al Japón los más de los días en espíritu y que allá se comunicaba con los de aquellas naciones⁸⁴.*

Fray Francisco de santa Fe recuerda que en algunas ocasiones oyó este testigo tratar al venerable hermano de los mártires del Japón y que *iría de buena gana allá, si le dieran licencia, a morir por Dios nuestro Señor y su ley; y se dijo en el convento que de hecho pretendía la dicha licencia para irse a México y de allí irse al Japón al dicho efecto⁸⁵.*

SAN PEDRO CLAVER (1580-1664)

San Pedro Claver es un santo extraordinario, que consagró su vida al cuidado y atención de los negros esclavos que llegaban de los países de África occidental. El día de su profesión perpetua se consagró como esclavo de los negros para siempre.

Realmente fue admirable en servirlos, atenderlos como un padre, preocupándose de la salud de sus cuerpos y, sobre todo, de su salvación eterna. Para ello no escatimaba trabajos ni sacrificios y tenía un equipo de traductores negros para ayudarle en la tarea de la evangelización.

Fue un hombre de Dios muy penitente, casi no comía, y se pasaba las noches en oración. Y Dios le dio buena salud hasta los últimos cuatro años de su vida, en que debió vivir casi inmovilizado, ofreciendo sus sufrimientos por la salvación de los esclavos negros, que eran la niña de sus ojos. Esto no significa que descuidara la salvación de todos los que se acercaban a él, pues también se preocupó de la salvación de los leprosos, de los enfermos de los hospitales y de los encarcelados, a quienes visitaba frecuentemente. Incluso convirtió a muchos herejes que vivían en la ciudad de Cartagena.

⁸³ Proceso, p. 143.

⁸⁴ Proceso, p. 227.

⁸⁵ Proceso, p. 317.

Dios le concedió ciertos carismas como el del conocimiento sobrenatural de muchas cosas que no podía conocer humanamente y el de hacer milagros. Todos los que lo conocían lo consideraban como un padre, pero de modo especial los esclavos negros que eran sus preferidos, por ser los más necesitados y marginados.

a) **CARTA A PROVINCIAL**

Ayer, 30 de mayo de 1627, saltó a tierra un grandísimo navío de negros. Fuimos allí cargados con dos espuertas de naranjas, limones, bizcochos y otras cosas.

Fuimos avanzando por medio de la mucha gente hasta llegar a los enfermos, de que había una gran cantidad echados en el suelo muy húmedo y anegadizo, por lo cual estaba terraplenado de agudos pedazos de tejas y ladrillos, y ésta era su cama, con estar en carnes sin un hilo de ropa.

Echamos manteos fuera y fuimos a traer de otra bodega tablas y entablamos aquel lugar, y trajimos en brazos los muy enfermos. Juntamos los enfermos en dos ruedas, la una tomó mi compañero con el intérprete, apartados de la otra que yo tomé. Entre ellos había dos muriéndose, ya fríos y sin pulso. Tomamos una teja de brasas, y puesta en medio de la rueda, junto a los que estaban muriendo, y sacando varios olores, de que llevábamos dos bolsas llenas, dímosles un sahumero, poniéndoles encima de ellos nuestros manteos, que otra cosa ni la tienen encima, ni hay que perder tiempo en pedirles a sus amos, cobraron calor y nuevos espíritus vitales, el rostro muy alegre, los ojos abiertos y mirándonos.

De esta manera les estuvimos hablando, no con lengua, sino con manos y obras, que como vienen tan persuadidos de que los traen para comerlos, hablarles de otra manera fuera sin provecho. Asentámonos después, arrodillámonos junto a ellos, y les lavamos los rostros y vientres con vino, y alegrándolos, y acariciando mi compañero a los suyos, y yo a los míos, les comenzamos a poner delante cuantos motivos naturales hay para alegrar un enfermo.

Hecho esto entramos en el catecismo del santo bautismo, y sus grandiosos efectos en el cuerpo y en el alma. Luego les pedimos afectos de dolor, de aborrecimiento de sus pecados, etc. Estando ya capaces, les declaramos los misterios de la Santísima Trinidad, Encarnación y Pasión, y poniéndoles delante una imagen de Cristo Señor Nuestro en la cruz, les rezamos, en su lengua, el acto de contrición.

Aquí dio nuestro Señor a los que estaban muriendo fuerzas y espíritu para abominar sus errores. De muchos que estaban bien dispuestos bauticé tres; y aunque mi compañero hizo instancia que bautizase más, no me pareció conveniente, sino dilatarlo para después. Con esto acabamos muy gozosos y nos volvimos a casa. Pero tan molidos, que no volvimos en nosotros en muchos días, aunque no por eso dejamos de ir “mane et vespere” (mañana y tarde).

La víspera de Pascua del Espíritu Santo habíamos ido a un navío de negros recién venido, y entre muchos muy enfermos había uno que, al parecer de todos, se estaba muriendo, y el amo nos dijo que perdíamos el tiempo y fuésemos a gastarlo con otros, porque ya tenía experiencia que darles aquel mal y morir era todo uno. Eran ya más de las once del día y no sabíamos qué hacer, porque habíamos gastado toda la mañana en este enfermo para volverle en sí. Pero, por la gran misericordia de Dios, que le debía de tener predestinado, al fin volvió en sí, con gran admiración de su amo y de todos los que le vieron. Pidió el santo bautismo, el cual no sólo le quitó los pecados del alma, sino también la enfermedad del cuerpo. A Dios las gracias. Este suceso me ha enseñado mucho a perseverar en la demanda de estos no bautizados, pues sólo un enfermo que se bautice da más contento que noventa sanos.

La segunda fiesta de esta santísima Pascua junté por la mañana a toda una casta del navío susodicho, llamada “erolo”, que es una de las once lenguas que un negro, llamado Capelino, sabe, y fuera de él no la sabe otro en esta tierra, y Dios, por su gran misericordia, le ha dado aquí para este santo ministerio. Juntos pues todos, metí a dos que estaban muy al cabo, para que, al paso de los sanos, fuesen ellos también entendiendo, y no se condenasen. Temía mucho la empresa, como me había costado tanto el otro susodicho. Puse con todo la mira en sólo aquellos dos, y animando mucho a la lengua, ofrecí al Espíritu Santo todas las ganancias, en trueque de que aquellas dos almas recibiesen el santo bautismo.

Después de haber gastado con ellos muchas horas, salí a tomar un poco de aire, y luego me fueron a llamar, diciendo que uno de los dos enfermos se había muerto. Volví, y ya le habían sacado al patio. Quedé lastimado. Dije le metiesen dentro y estúveme con él, y quiso el Señor que al cabo de un rato volvió en sí, cobrando tanta mejoría que respondía mejor que los sanos. Bauticé a los dos solos con grandísimo gusto y agradecimiento a Dios. Y siendo las once del día, y habiendo de decir la postrera misa, llevé conmigo gran número de negros.

Otra gran victoria alcanzó del demonio el santo ministerio. Salimos una madrugada, y en la puerta de la casa de los negros, nos dijo el cirujano: “Padres míos, allí está una negra muriéndose; vayan y bautícenla”. Fuimos a

ella. Tenía los ojos turbados y sin vista, y sin sentido, y el demonio muy seguro de la presa. Trabajamos cuatro o cinco horas con regalos y sahumerios, que la calentaron y renovaron los sentidos traspasados de frío. Con lo cual quiso la gracia de nuestro Dios que recibiese el santo bautismo, porque volvió en sí, y fue instruida muy a gusto y a provecho.

El siguiente día se remedió un negro gentil, a quien el demonio le hacía hablar con lenguaje nunca oído, con toncillos como de papagayo. Su amo y los médicos le tenían por desahuciado. Pero nosotros, que echamos de ver que eran asombros del demonio para que no se bautizase, dijimos los evangelios y el credo sobre él, y quedó maravillosamente quieto, de suerte que le catequicé, bauticé y quedó bueno ⁸⁶.

VBLE. P. FRANCISCO DEL CASTILLO (1615-1673)

Este sacerdote jesuita limeño fue llamado apóstol de Lima y ejerció su apostolado especialmente entre los negros (morenos) de Lima, tuvo dones sobrenaturales como éxtasis, profecía, conocimiento sobrenatural, bilocación, luces sobrenaturales y otros.

a) APÓSTOL DE LOS MORENOS

Según datos que el arzobispo de Lima, Hernando Arias de Ugarte, remitió al virrey conde de Chinchón en 1636, había en Lima unos 27.000 habitantes, de los que 13.500 eran morenos. Si se cuentan los de las chacras o fundos de los alrededores de Lima, habría muchos más. De modo que más de la mitad de la población limeña eran morenos, esclavos y libres. La mayoría de ellos procedía de África, especialmente de Angola, Dahomey, Guinea, Senegal, Congo, Sierra Leona... Normalmente eran apresados por nativos de sus propios países, quienes los vendían a los barcos negreros de portugueses, holandeses o ingleses que los compraban ⁸⁷.

Los traficantes de esclavos los llevaban al puerto de Cartagena (Colombia) donde eran atendidos y evangelizados por el santo jesuita, gran apóstol de los morenos, san Pedro Claver (1580-1654). Cartagena era la puerta de entrada en la América española y de allí los llevaban al Perú, México, Quito... La mayor parte

⁸⁶ Valtierra Ángel y Hornedo Rafael, *San Pedro Claver, esclavo de los esclavos*, BAC, Madrid, 1997, pp. 82-84.

⁸⁷ Muy pocos fueron los barcos negreros de españoles.

de los esclavos negros que vinieron al Perú, en un 55%, provenían de Angola y Guinea.

Los negros y mulatos tenían mala reputación en Lima. Ya Huamán Poma de Ayala, a pesar de encontrar cierta excusa en los abusos de sus amos, les achacaba ser *muy malos, inobedientes, mentirosos, ladrones, salteadores, borrachos y jugadores, tanto negros como negras*. Suardo y Mugaburu en sus Diarios de la época del padre Francisco narran numerosas fechorías cometidas en la ciudad por negros y mulatos. A las autoridades les preocupaba la posible sublevación de los negros, que eran más de la mitad de la población de Lima, pero también les preocupaba la actitud de los negros con los indios de quienes abusaban pues se las arreglaban para explotarlos. Por ello fue tan importante, incluso para la paz de la sociedad virreinal, el apostolado del padre Francisco entre los morenos al igual que el de san Pedro Claver en Colombia, en orden a la salvación de sus almas y hacerlos más tranquilos, ya que su estado de esclavitud y el menosprecio que recibían junto con los abusos de sus amos y la falta de doctrina de muchos de ellos, los hacían rebeldes y, en muchos casos, se escapaban formando bandas de salteadores que asolaban a los viajeros.

El padre Francisco visitaba a los morenos en los hospitales y, en especial, en los fundos fuera de Lima. A veces, llevaba otro negro para que mientras catequizaba a alguno de ellos, el que él llevaba pudiera suplirlo en sus labores, pero insistía a los amos para que los dejaran ir a misa y cumplir con sus obligaciones como católicos y pudieran asistir a las catequesis. Muchas veces iba al hospital de San Bartolomé, fundado por el agustino Bartolomé Badillo, para atender a los negros libres y, cuando los veía desamparados por ancianos o enfermos, los consolaba, los confesaba y catequizaba, para que pudieran morir como cristianos.

El capitán Francisco Tijero de Huerta declaró: *Cuando se fundó el hospital de San Bartolomé para negros libres, pidió limosnas al arzobispo y a otras personas para el mantenimiento de los enfermos negros ancianos o impedidos y les daba pláticas para que murieran como cristianos. En una ocasión llevó al hospital a una negra anciana que no sabía castellano y él buscó un intérprete y la asistió durante diez días, porque parecía leprosa, por haberse quemado con agua hirviente. Murió dando señales de salvación*⁸⁸.

Como al colegio de San Pablo acudían muchos morenos ancianos y algunos trabajaban en él o en los fundos de la Compañía, había muchos en la enfermería. El padre Francisco los visitaba todos los días y los consolaba; y a los que estaban para morir les daba el santo viático y la extremaunción. Si llegaban a

⁸⁸ Sumario del Proceso, p. 240.

morir, cuidaba de que los amortajasen y disponía todo lo necesario para el entierro, celebrando algunas misas por sus almas.

Se cuenta que algunos de ellos se sanaban más por las oraciones del padre Francisco que por los remedios humanos. Era ciertamente un ministerio abnegado, pues el mismo Francisco les daba de comer, los aseaba y limpiaba sus inmundicias, soportando valientemente los malos olores o el temor al contagio por amor a Dios y a sus almas. Dice el padre Buendía: *Todas las mañanas, cuando salía del Colegio con una cruz en la mano, era su estación primera la esquina de la plaza mayor donde concurren tropas de morenos jornaleros de todos los oficios, esperando los alquilen y concierten para varias tareas. Aquí rezaba con ellos las oraciones y explicaba el catecismo, persuadiéndolos a servir con fidelidad y amor a Dios y a sus amos, terminando con un acto de contrición*⁸⁹.

Continúa el padre Buendía: *En el puerto del Callao abunda gran número de negros esclavos que, o sirven en los bajeles o ganan el jornal en la playa, cargando o descargando los géneros que se guardan en las bodegas y almacenes... Júntanse en varias rancherías a divertir las tardes en bailes y danzas según el uso de sus tierras. Aquí los venía a buscar el padre Francisco con una cruz en la mano y, haciéndoles pausar en la algazara de sus cantares, rezaba con ellos las oraciones y explicábales la doctrina cristiana con las voces más fáciles y términos más propios a su ruda inteligencia... A los marineros les aconsejaba la confesión para la seguridad en sus viajes. Otras veces se embarcaba por ir a consolar a los que estaban en la galera, gente facinerosa y de ordinario despechada, como si fuese la desesperación alivio de la cadena. Pasaba luego a la isla, donde los forzados que trabajan en sacar piedra para los reparos de la muralla, se acogen a la defensa de unas barracas de pescadores, y en las pláticas del padre Francisco hallaban freno a su temeridad y algún consuelo en sus fatigas*⁹⁰.

Y sigue diciendo: *En una ocasión (en pleno verano), acabando de platicar un sábado por la mañana, llegó una pobre morena a rogar al venerable padre que la llevase a su señora, de quien hacía días que andaba huyendo. Era cerca del mediodía, el término muy distante, en la cuadra del hospital del Espíritu Santo. La ida entonces, al parecer, no importante, pudiendo ejecutarse después. Toda la mañana había empleado en oír de penitencia a crecido concurso de señoras, a quienes dijo misa, comulgó y después hizo plática. Bien necesitaba de alivio al trabajo del día, pero la caridad del padre no tenía otro descanso que*

⁸⁹ Buendía José, *Vida admirable y prodigiosas virtudes del V. y apostólico padre Francisco del Castillo*, Madrid, 1693, p. 152.

⁹⁰ Ib. pp. 53-54.

*hacer el bien: el consuelo de aquella pobrecilla había de preponderar a su sosiego, y ofrecióse al punto*⁹¹.

SAN JUAN MACÍAS (1585-1645)

San Juan Macías es un santo de todos y para todos. Tuvo muchos dones sobrenaturales de Dios e hizo mucha penitencia, pero fue un santo sencillo. Fue un santo para los pobres, los enfermos, las viudas y los huérfanos y, en especial, para los más marginados de la Lima de su tiempo.

Los indios y los negros eran sus amigos, pero también los pobres y los ricos españoles. A todos amaba con amor de padre y a todos los ayudaba. A los pobres les daba de comer todos los días. A los ricos les pedía limosnas para los pobres y los ayudaba y consolaba en sus tribulaciones. Todos acudían a él en busca de un consuelo o de una ayuda.

Oraba mucho por las almas del purgatorio. Por ello alguien le ha llamado el *ladrón del purgatorio*. Según cuentan algunos testigos de plena confianza, Dios le había revelado que había liberado hacia el final de su vida un millón cuatrocientas mil almas del purgatorio.

Era un fraile humilde que se pasaba todo el día en oración, mientras cumplía sus obligaciones de portero. Siempre estaba con el rosario en la mano. Y cuando se celebraba misa en la iglesia, procuraba ir siempre que no se lo impidían sus obligaciones. Y cuando no podía asistir, al momento de la consagración, al oír la campanilla, se ponía de rodillas y veía, como en televisión, la misa que se celebraba en la iglesia.

Dios manifestó su amor al humilde Juan, dándole como compañero desde su infancia al apóstol san Juan evangelista y concediéndole muchos dones como el del conocimiento sobrenatural y el de hacer milagros.

a) RELATO AUTOBIOGRÁFICO

Estando yo guardando un poco de ganadillo a mi amo, llegó a mí un niño que me parecía sería de mi edad y me saludó. Dijo: Yo soy Juan evangelista. Vengo del cielo y me envía Dios para que te acompañe, porque miró tu humildad.

⁹¹ Ib. p. 156.

Se fue san Juan, despidióse de mí y yo quedé como muchacho muy contento; y, aunque lo era, muy pesaroso de la ida de mi amigo san Juan. Y acordéme que, rezaba el paternóster y el avemaría. Y así lo hice y quedé muy consolado.

Después de algunos días volvió mi amigo san Juan evangelista, haciéndome muchos favores. Y cierto que me llevaba donde él quería. Díjome: “Juan, yo te quiero llevar a mi tierra”.

Y no sé cómo fue ni cómo lo diga: si fue sólo el espíritu o el cuerpo con él. Yo quedé sin los sentidos y me parece que vide (vi) y gocé de una muy hermosa ciudad con mucha luz, y los ciudadanos y moradores de ella bien vestidos y adornados. Y vide a Dios con tanta y tan grande majestad que me quisiera haber quedado allá. Y díjome mi amigo san Juan:

- *Aquella que viste es mi tierra. Y cuando te mueras, te tengo de llevar conmigo allá para que vivas para siempre.*

Siendo de veinte o más años, pasé de Extremadura a Jerez de la Frontera, cerca de Sevilla, donde entrando en un convento de Predicadores a oír misa, que serían las diez del día, habiéndola oído me llevó san Juan donde él quiso y sabe, allá muy lejos. Llevóme como otras veces a ver a Dios, donde vide tales cosas que no se pueden decir ni declarar, porque el espíritu vido (vio) la gloria del Señor. Volví en mí y quedé pesaroso de haber perdido lo que dejé. Dos veces me sucedió esto en aquella iglesia de Predicadores de Jerez de la Frontera. Y tenía terror y miedo de ir a ella por la gente que me miraba, en particular los frailes de Santo Domingo de aquel convento. Y me pedían que fuera fraile. Y no estaba de Dios que yo allí lo fuese. Determiné venirme de Jerez a Sevilla con un mercader que venía a las Indias y concertéme con él para venirle sirviendo en ellas. Y así me recibió en su compañía.

El año 1619 me embarqué para las Indias, no con intento ni deseo de adquirir riquezas, sino para que se hiciese la voluntad de Dios en mí. Y en cuarenta días llegaron galeones y flota con buen tiempo a Cartagena.

Yo, como no era para nada ni me acomodaba a mercader ni a servir de cajero a mi amo, por no saber ni escribir ni contar (y cierto que era la voluntad de Dios ésa) díjome un día mi amo en Cartagena:

- *Hermano Juan, ya yo he visto para lo que sois en cuarenta días que ha que navegamos. Yo he menester un mozo que sepa escribir y contar, porque voy a Portobelo, a Panamá y al Perú. Vos no sois para mi propósito. Buscad amo.*

Y cierto que tenía razón, porque aquélla era la voluntad de Dios.

Aquella era la voluntad de Dios: que no fuese a Portobelo ni a Panamá, como me dijo mi amigo san Juan, sino que fuese a las Indias por tierra. Y así me avié, partí con mi amigo san Juan de Cartagena a la Barranca. Y luego hallé una canoa y fui a Tenerife, pasé a Mompoz; y de allí a Ocaña, Pamplona y Tunja, a la ciudad de Santa Fe de Bogotá. Y por el valle de Neiva con flotilla, por temor de los indios de guerra, venimos a Timaná y de allí a Tocaina y Almaguer. Luego a la ciudad de Pasto. Y al fin a Quito.

De Quito a pie y a mula, llegué a esta ciudad de Lima. De suerte que 900 leguas que hay de esta ciudad de Lima a Cartagena vinimos en cuatro meses y medio. Llegado a esta ciudad, me fui a una casa de posadas de San Lázaro. En esta casa de posadas de San Lázaro esperé a que se hiciese la voluntad de Dios, que fue servido me concertase con Pedro Jiménez Menacho para que guardase el ganado menor del matadero.

Oh, Señor. ¡Qué regalos y mercedes me hizo Dios en aquellos campos! San Juan evangelista me asistía y me acompañaba y me llevaba a donde él quería. Allá, allá, tan lejos que no sé cómo decirlo. Y esto no sé si sólo el espíritu o el espíritu y el cuerpo. Sólo sé yo que aquello que yo veía y gozaba no es decible. Ni los ojos, ni la lengua, ni las orejas lo vieron ni entendieron. Basta decir con verdad que mi compañero san Juan lo dirá, allá, allá, a su tiempo.

Estuve en este oficio de guardar ganado como dos años y medio. Y después de este tiempo fuíme a mi amo un día y díjele:

- *Hermano Jiménez: la voluntad del Señor es que yo vaya a servirle a la casa de la penitente Magdalena de los Predicadores. Dos años ha y más que le sirvo con fidelidad y verdad. Mire su Merced el libro en qué mes entré (y me acuerdo que no hicimos recaudo ni papel).*

Haga la cuenta de la soldada que me debe y dará de ella a las pobres buenas y necesitadas hasta doscientos pesos. Lo demás envíelo al portero de la casa, a fray Pablo, para el convento. Yo no le he defraudado en nada. Perdóneme los descuidos que como hombre flaco habré tenido.

Víneme al convento y el bueno de Jiménez Menacho cumplió en brevedad lo prometido y mucho más, porque, dada la limosna a los pobres, envió a fray Pablo, portero, el alcance. Y después hasta que murió me envió muchas limosnas.

Yo me vide con nuevas obligaciones y pedíle a Dios que me diese fuerzas y espíritu en la Religión para que con brío, fervor y espíritu le sirviese y agradase. Y a san Juan le pedí no me desamparase. Y él lo prometió.

¡Oh, Dios inmenso de suma misericordia! No sé cómo lo diga. Como mi compañero era tan bueno y penitente y tenía tanta caridad con los pobres, con su santo ejemplo comencé yo, pecador, a tener seis y siete horas de oración de día y de noche. Y cierto digo verdad que me faltaba tiempo y me parecía un cuarto de hora.

Vestíame de cilicio y, a veces, me ponía una cadena al cuerpo. Ayunaba. Tratábalo mal al pobrecito de mi cuerpo. Esto fue veinticuatro años hasta ahora. Jamás le tuve amistad. Tratéle siempre como a enemigo. La segunda ración y pitanza le daba a comer y no más con un pedazo de pan. Lo demás, a mis pobres. Dábale muchas ásperas disciplinas con cordeles y cadenas de hierro. Ahora me pesa, ya que al fin me ha ayudado a ganar el reino de los cielos.

Estuve en la portería como un año, después de la profesión. Y como yo era endeble y flaquillo, como estaba casi siempre de rodillas, se me hizo en una de ellas una apostema. Y reventó en materias y curáronme cirujanos. Y siempre iba a más el dolor y la llaga no curaba. Ordenó la obediencia que me fuese a la Sierra, que era tierra fría, y sanaría luego. Porque entraban los calores y me caería cáncer en la pierna.

Fuíme a una doctrina de un buen fraile de nuestra Orden, donde él me regaló mucho y con el buen temperamento —clima—, estuve como dos meses y me alivié mucho de mi mal. Mas no se me quitó la llaga, hasta que supe de mi amigo san Juan que era ya tiempo de volverme a la portería. Y fue voluntad del Señor que una mañana me hallé sano y bueno de repente de mi rodilla.

Víneme al convento ya bueno y valiente. Y cuando llegué, ya a mi buen compañero fray Pablo de la caridad había mandado la obediencia fuese a ser portero del convento del Rosario de Lima, con que quedé yo solo en la portería de la penitente Magdalena.

¡Ay, Dios mío! No sé cómo lo diga, cuando me vide solo, sin mi buen compañero y portero. Consolóme mucho mi buen san Juan. Mas la noche siguiente, como a las once de la noche, estando en nuestra celda rezando, llegaron muchos demonios a oscuras y me aporrearon y arrastraron. Mas me armé contra ellos, diciendo: “Jesús Salvador, María y José sean conmigo”. Con lo cual me libré de ellos y me dejaron por entonces. Más de doce años me persiguieron casi todas las noches, tratándome muy mal de palabra y de obra.

Mas yo siempre quedaba libre con decir: “Jesús Salvador, María y José sean conmigo”.

Es tan terrible el frío, y el tormento y dolores que me causan cuando voy arrojado por el aire por los demonios, que si Dios no me amparara, no hay duda que, la primera vez que me arrojaron los demonios, y en todas esas otras veces que me sucede lo mismo, llegara muerto a la parte a que me arrojan.

Una noche, entre otras, estando haciendo oración en el altar de Nuestra Señora del Rosario, en medio del ejercicio, de repente se me puso delante un demonio en figura de un hombre muy grande, muy negro, muy feo y horroroso, porque por boca, ojos y narices echaba fuego y llamas, con un humo pestilente, más que de alquitrán y azufre. Me cogió por la capilla (capucha) y me sacó arrastrando por el suelo, desde el altar hasta debajo del púlpito: y me puso el pie a los pechos, y con la mano puesta a la garganta me amenazaba a quererme ahogar; mas mi amantísimo Señor me libró, porque yo le llamé diciendo: “JESÚS SALVADOR, MARÍA, y JOSÉ SEAN CONMIGO”. Llamaron a los maitines y fui a ellos, y me consolé con alabar a Dios en compañía de aquellos siervos suyos.

Nunca le he pedido a Nuestro Señor que me revele cosa ninguna, porque el demonio es muy sutil y desea acabar de una vez con nosotros.

Si salía fuera de casa (que eran muy pocas veces y por mandato de la obediencia), cuando volvía y entraba por la portería, decía: “Gracias a Dios, que he llegado, amantísimo Jesús mío”. Que, aunque fuera de casa iba compuesto y no miraba a nadie, se pasaban dos o tres días para aquietar y sosegar el espíritu. Cuando volvía de fuera, llegaba menos fraile que cuando estaba en el convento; y la noche siguiente lo pagaba mi cuerpo, dándole áspera disciplina.

En materia de mujeres en especial, me tuvo Dios de su mano; y pudiera decir yo ahora lo que nuestro Padre Santo Domingo cuando murió: que por la gracia de Dios, había conservado hasta aquel punto la joya preciosísima de la virginidad y que así moría virgen.

La noche que por lo menos no tenía tres o cuatro horas de oración, no tenía al día siguiente cara para aparecer delante de Dios. Muchas veces, orando

*a deshoras de la noche, llegaban los pajarillos a cantar y yo apostaba con ellos: a quién más alababa al Señor*⁹².

SAN PEDRO BETANCUR

El hermano Pedro de San José Betancur, español, fue hijo de pastores y agricultores, tuvo la gracia de ser educado por sus padres profundamente cristianos; a los 23 años abandonó su nativa Tenerife y, después de 2 años, llegó a Guatemala, tierra que la Providencia había asignado para su apostolado misionero.

Apenas desembarcado en el Nuevo Mundo, una grave enfermedad lo puso en contacto directo con los más pobres y desheredados. Recuperada inesperadamente la salud, quiso consagrar su vida a Dios, realizando los estudios eclesiásticos pero, al no poder hacerlo, profesó como terciario en el convento de San Francisco, en la actual Antigua Guatemala, con un bien determinado programa de revivir la experiencia de Jesús de Nazaret en la humildad, la pobreza, la penitencia y el servicio a los pobres.

En un primer momento realizó su programa como custodio y sacristán de la Ermita del Santo Calvario, cercana al convento franciscano, que se convierte en el centro irradiador de su caridad. Visitó hospitales, cárceles, las casas de los pobres; los emigrantes sin trabajo, los adolescentes descarriados, sin instrucción y ya entregados a los vicios, para quienes logró realizar una primera fundación para acoger a los pequeños vagabundos blancos, mestizos y negros. Atendió la instrucción religiosa y civil con criterios todavía hoy calificados como modernos. Construyó un oratorio, una escuela, una enfermería, una posada para sacerdotes que se encontraban de paso por la ciudad y para estudiantes universitarios, necesitados de alojamiento seguro y económico. Recordando la pobreza de la primera posada de Jesús en la tierra, llamó a su obra *Belén*.

Otros terciarios franciscanos lo imitaron, compartiendo con el hermano Pedro penitencia, oración y actividad caritativa: la vida comunitaria tomó forma cuando el hermano Pedro escribió un reglamento, que fue adoptado también por las mujeres que atendían a la educación de los niños. Estaba surgiendo aquello que más tarde debería tener su desarrollo natural: la Orden de los Bethlehemitas y

⁹² Relato autobiográfico escrito por él mismo en 1645 y firmado por su confesor, lo entregó al padre Juan Meléndez, quien escribió su biografía en *Tesoros verdaderos de las Indias*, tomo III, libro IV, Roma, 1682.

de las Bethlemitas, aun cuando éstas sólo obtuvieron el reconocimiento de la Santa Sede más tarde.

El hermano Pedro se adelantó a los tiempos con métodos pedagógicos nuevos y estableció servicios sociales no imaginables en su época, como el hospital para convalecientes. Sus escritos espirituales son de una agudeza y profundidad inigualables.

Muere apenas a los 41 años el que en vida era llamado *Madre de Guatemala*. A más de tres siglos de distancia, la memoria del *hombre que fue caridad* es sentida grandemente, viva y concreta, en su nativa Tenerife, en Guatemala y en todos los lugares donde se conoce su obra. El hermano Pedro fue beatificado solemnemente por Juan Pablo II el 22 de junio de 1980 y canonizado el 30 de julio de 2002,

SAN LUIS BERTRÁN (1526-1581)

La vida de san Luis Bertrán es una vida hermosa llena de carismas y dones extraordinarios de Dios. Su anhelo de martirio lo llevó a tierras americanas. Y en Colombia pasó siete años de su vida evangelizando a los indios, convirtiendo a miles de ellos y haciendo milagros maravillosos con el poder de Dios. Entre ellos estaba el hecho de que los indios le entendían, cuando les hablaba en español.

Por otra parte Dios le dio la gracia de hacer milagros y de curar enfermedades. Tenía conocimiento sobrenatural de los pecados y se los recordaba a los que se confesaban con él. Asimismo tenía otros dones como el de profecía, éxtasis, levitación, resplandor y fragancia sobrenatural y otros más que iremos descubriendo a lo largo de estas páginas.

Durante varios años fue maestro de novicios y Prior de algunos conventos. En todos los puestos en que le colocó la obediencia, destacó por su paciencia, austeridad, humildad y espíritu de sacrificio.

Fue un hombre de Dios, un hombre de oración y cada día se confesaba dos veces, preparándose así para la celebración de la misa. Su amor a María era tan grande que siempre recomendaba a todos que rezaran el rosario como muestra de su amor a la reina de los ángeles.

a) APOSTOLADO ENTRE LOS INDIOS

El padre Luis convirtió muchos caciques con sus vasallos indios y particularmente, estando en un pueblo, vinieron con gran tropel más de mil quinientos indios de otro pueblo en el cual no había podido hacer fruto, sino en solo dos indios, pidiéndole que los instruyese a todos en la fe. Y preguntados qué les movía a pedir el bautismo con tanta prisa, respondieron que, estando ellos en una fiesta con borrachera, invocando según su costumbre al demonio, y hallándose allí presentes los dos indios bautizados, apareció el demonio en forma muy horrible, diciendo: “¿Cómo me invocáis ahora que están aquí dos cristianos? Quitádmelos de delante”. Y súbitamente vieron un hombre vestido a la cristiana junto al demonio, el cual dijo que fray Luis Bertrán le había enviado para que les declarase cómo el demonio los engañaba y se puso públicamente a disputar con el ídolo y lo convenció y así los indios, en haber desaparecido el demonio y aquel otro hombre (que debía ser un ángel), fueron todos al padre Luis para que los bautizara, lo cual él hizo después de haberlos instruido muy bien ⁹³.

Convirtió el padre Luis a un indio muy viejo y, después de bautizarlo, le ayudaba a bien morir, pero como le dejase un rato para ir a su posada, cuando volvió halló a otro indio que con gran ahínco procuraba pervertirle. Lo echó el siervo de Dios y confirmó en la fe al paciente y, acordándose de la cruz de la iglesia, mandó que la trajesen. Pero el enfermo, levantando la mano señalando con el dedo hacia lo alto, dijo con alegría: “No es menester, padre. Veis aquí la cruz resplandeciente en el aire”. Y con estas palabras dio el alma a su Criador con gran consuelo del padre Luis ⁹⁴.

Jerónimo Fernández certifica que en las Indias estuvo en compañía del siervo de Dios durante siete meses y nos dice que viajaron a una isla donde los más eran negros, aunque había muchos blancos. El siervo de Dios se puso a predicar en la plaza en un lenguaje que el sobredicho Jerónimo no entendía, sino cuando hablaba de Cristo y su pasión, pero los isleños bien lo debían entender, pues acabado el sermón muchos de ellos se llegaron a él rogándole que los hiciese cristianos y así él les enseñó y bautizó y en cinco días más que allí estuvo dejó escrito un librito de su mano donde estaba el padrenuestro, credo, avemaría, salve y otras cosas tocantes a la doctrina cristiana, el cual librito encomendó a los de mejor juicio ⁹⁵.

b) MILAGROS

⁹³ Antist Vicente Justiniano, *Verdadera relación de la vida y muerte del padre fray Luis Bertrán*, Barcelona, 1583, pp.106-107.

⁹⁴ Antist, p. 108.

⁹⁵ Antist, pp.120-121.

Un día, víspera de san Miguel de septiembre, estaba solo en la iglesia de un pueblo donde le había puesto la obediencia. Entró un indio con un niño en los brazos dando grandes voces, queriendo que se bautizara el niño y él le preguntó: “¿Por qué quieres bautizarlo, siendo tú idólatra? El indio respondió: “Porque se muere y allá en el monte me ha dicho un espíritu bueno que tú has venido aquí y que, si echas agua encima de la cabeza de este niño, se salvará”. Y así le bautizó de presto, poniéndole por nombre Miguel y luego murió ⁹⁶.

Una india, que aún no era cristiana, tenía lamparones (tumores) con muchas llagas en el cuello y le dijo al padre Luis: “Te ruego por amor de Dios que me sanes”. El padre le hizo la señal de la cruz en el cuello y, sacándose el pañuelo, se lo ató en el cuello y le dijo: “Vete con Dios, ten confianza que sanarás y vuelve mañana”. Al otro día volvió la enferma y él le quitó el pañuelo y estaba tan sana y buena como si nunca tuviera tal enfermedad sin quedarle ninguna muestra o señal.

Otra india llamada Marinita, cristiana, vino un día llorando muy afligida, porque una hermana suya infiel hacía tres días que andaba de parto y estaba ya de muerte por tener la criatura atravesada en el vientre y era imposible poder dar a luz. El padre, viéndola afligida, la consoló y animó que confiase en nuestro Señor. Y, movido a lástima, se puso en oración a rogar por la india y por su alma y por lo que llevaba en el vientre. Y quitándose la correa con que estaba ceñido, se la dio a Marinita y le dijo que la llevase a su hermana y se la ciñese y que confiase en Dios. Todo acaeció como lo dijo el padre. En ciñendo la correa dio a luz un niño muy hermoso y sano. Dentro de media hora volvió Marinita al padre, dándole las gracias por la merced que Dios había hecho a su hermana por su intercesión. Este milagro se publicó y fue tanto el crédito que el padre alcanzó y la devoción y amor que los indios le tuvieron que dentro de ocho días se convirtieron el padre y la madre de dicho niño, sus abuelos de las dos partes y muchos otros con ellos. Y los bautizó ⁹⁷.

El padre José Gacet nos dice: El padre Luis, cuando estaba en las Indias (Colombia), tuvo noticia de que en un pueblo veneraban unos huesos de un sacerdote idólatra y que los tenían guardados con gran devoción y que por quitarles de la opinión que de ellos tenían, que era que si les faltaban dichos huesos que les caería el cielo encima y que solos los dichos huesos eran parte para que el cielo no les cayese encima, les sacó dichos huesos con gran cautela de donde los tenían. Y cuando se dieron cuenta, lo quisieron matar. Y como algunos le tenían devoción, no osaban matarle en público e hicieron que un sacerdote también idólatra le diese veneno en una bebida y que en el mismo

⁹⁶ Antist p. 98.

⁹⁷ Adiciones del Proceso, pp. 171-173.

punto que lo hubo bebido, se encendió en una gran calentura, la cual le duró por algunos días y que al cabo echó por la boca una serpiente y que, echada, quedó sano y bueno. Y también dijo que el propio sacerdote idólatra que a él le dio la bebida la dio también a otro fraile de la Orden del Carmen y que dentro de breve tiempo murió. Y el dicho padre le contaba a este testigo estas cosas y, al decir que el fraile carmelita había muerto de la bebida, parecía que lo contaba de manera que quisiera ser él el muerto, porque muriera predicando la fe y que el matarle con el tóxico fuera por su predicación y buen celo y así fuera mártir⁹⁸.

Los indios vieron que convalecía del veneno y se juntaron más de 300 idólatras con sus flechas para matarlo y, aunque uno de los negros cargó presto un arcabuz para defenderlo, no lo permitió, sino que llamó a los más principales de los indios y volviéoles a predicar, doliéndose de su perdición. Les dijo que el demonio les mentía y los tenía engañados, pues ni el cielo había caído por faltar los huesos ni habían sucedido otros grandes desastres con los cuales el demonio los había amenazado, si faltaban. Y viendo que no querían dar en la cuenta ni convertirse y que Dios no fuerza a nadie ni quiere que a nadie se haga violencia para el bautismo, permitió que se llevasen sus huesos y su diablo. Y ellos se holgaron tanto que le quisieron dejar allí muchas gallinas y pavos como en rescate del ídolo, pero él no quiso recibir cosa alguna de ellos y faltó muy poco para que no le mataran, si un cacique a quien él había antes convertido no le librara de sus manos y así, para quitarle del peligro, cuando se fueron los indios, los dos esclavos negros con ayuda de algunos indios de paz, le llevaron en hombros hasta cinco leguas de allí. Y le embarcaron en una canoa y le llevaron a un lugar donde lo recibió en su casa Pedro de Salazar, que era encomendero de algunos lugares. Y allí estuvo enfermo de calenturas mucho tiempo⁹⁹.

c) OTRAS MARAVILLAS

Francisco Sánchez nos dice: Un día el padre Luis iba a pasar la ciénaga de Manzanillo en las Indias y este testigo le hizo detener, pareciéndole que la ciénaga estaba muy honda; y, entrando en ella con dos negros, luego se hundió el caballo y nadando pasó a la otra ribera. Pero el padre Luis tomó por otra parte y pasó la ciénaga a placer, el agua hasta los estribos y esto fue haciendo la señal de la cruz sobre el agua¹⁰⁰.

El mismo Francisco Sánchez refiere: Todos los domingos y fiestas, cuando él estaba en las Indias, venían los indios de los pueblos a oír la misa y su

⁹⁸ Proceso p. 381.

⁹⁹ Antist, pp. 101-102.

¹⁰⁰ Proceso, p. 478.

doctrina. Se llenaba la iglesia de ellos y venían de los pueblos comarcanos y le oían con gana y gusto. Algunos incluso venían entre semana. Y este testigo vio la víspera de la fiesta de santa Catalina mártir, que estaba la tierra necesitadísima de agua y los maizales se iban perdiendo y fueron el cacique de Cipacoa infiel y otros indios infieles y cristianos a decirle que rogase a Dios para que les enviase agua para que no pudiesen de hambre y él les dijo: “Confiad en Dios y en esta santa cuya fiesta es mañana y alcanza mucho con Dios. Andad, abrid y limpiad el camino hasta aquella sierra de donde se divisa el mar, hágase allí una enramada y debajo de ella un altar para decir misa. Mañana iremos en procesión allá”. Así se hizo y fueron poco menos de mil personas entre indios y algunos españoles en procesión, celebró misa, hizoles un sermón sobre que el demonio los tenía engañados y dijo la vida de la santa y lo mucho que podía con Dios y les dio gran esperanza de que nuestro Señor les daría agua en abundancia y aquella tarde comenzó a llover y en la noche a llover hasta dos días y dos noches.¹⁰¹

SAN FRANCISCO SOLANO (1549-1610)

San Francisco Solano es uno de los santos más atractivos de la hagiografía católica. Es un santo que siempre estaba alegre. Muchas veces se extasiaba en su oración ante Jesús sacramentado o cuando estaba en su celda.

Y la alegría que sentía en su interior la manifestaba tocando un rabel, que la tradición posterior convirtió en un violín, con el que se le suele representar. Con ese rabelito o arco de madera, con una o dos cuerdas de metal, tocando, cantando y bailando, manifestaba su alegría interior, alabando a Dios. Sus palabras más frecuentes, cuando saludaba o se despedía, eran *Glorificado sea Dios* o *Alabado sea Dios*.

Nuestro santo fue un verdadero apóstol en las provincias de Tucumán (Argentina) y de Paraguay, pero especialmente en el Perú. Los muchos milagros que Dios hacía por su intercesión demostraban su grado de unión y de amor a Dios. Él era un milagro viviente, pues apenas comía.

Tuvo muchos dones sobrenaturales como el del conocimiento sobrenatural, éxtasis, levitación, y hasta bilocación y perfume sobrenatural. Tenía una especial relación con los animales. Los toros bravos no le hacían nada y le besaban la mano. A una paloma muerta la resucitó y, los pajaritos se acercaban a él como a un amigo y cantaban con él las alabanzas a su Creador.

¹⁰¹ Proceso, pp. 477-478.

Fue un gran predicador, no tanto por su elocuencia, como por los efectos sobrenaturales de sus sermones, por ejemplo en el famoso sermón de las cuatro calles con el que se convirtió e hizo penitencia la mayor parte de los habitantes de Lima.

a) **MILAGROS EN SUS CORRERÍAS**

El padre Manuel Núñez declaró: *El Jueves Santo de dicho año de 1593 estaban en la ciudad de La Rioja, 45 caciques infieles con su gente. El capitán Pedro Sotelo temiendo un ataque, pidió a los vecinos que se armasen para defenderse.*

Y el dicho padre fray Francisco Solano hizo a los dichos indios un sermón, y este testigo no sabe en qué lengua era, porque todos le entendían, así los españoles como indios, “que estaban allí de tres o cuatro lenguas”, con tanto fervor y espíritu que los indios se le fueron a este testigo a postrar de rodillas, pidiéndole con muchas lágrimas el santo bautismo.

Y este testigo fue al dicho padre fray Francisco Solano y le preguntó qué haría en aquel conflicto. Y su paternidad abrazó a los indios, dándoles el beso de la paz. Y le dijo a este testigo: “Vaya vuesa merced, no tema; hagamos la procesión”.

Y viendo los indios azotarse a los españoles, espantados, dijeron qué invención era aquélla. El padre fray Francisco Solano, viendo la ocasión, les comenzó a decir a los indios, con fervor del Espíritu Santo, que tal noche como aquella de Jueves Santo habían azotado y muerto a Nuestro Señor por nuestros pecados.

Y el sermón “que hizo fue un poco largo”. Y, acabado, los indios rompieron el silencio que tenían en oírlo. Y con muchas lágrimas se desnudaron las camisetas. Y unos con guascas, y otros con lo que hallaron, se iban azotando todos. “Que fue la mayor devoción para este testigo, y otros fríos de corazón, que en vida había visto”.

Y el dicho padre fray Francisco Solano andaba con tanta alegría y devoción como sargento del cielo entre los indios, “quitándoles los azotes, y diciéndoles mil cosas, toda la noche sin descansar”, predicándoles y enseñándoles.

*Detúvoles en aquella ciudad hasta que todos estuvieron aptos para ser cristianos, que fueron en número de nueve mil indios*¹⁰².

Certificó Vildosola que, acompañando al padre Solano en una correría desde San Miguel de Tucumán a Santiago del Estero, no podían vadear un río muy hondo. A la otra orilla había 40 carretas detenidas, esperando a que mermase la corriente. El padre le dijo a su acompañante, *que no tuviese pena que Dios lo remediaría y les daría de comer. Y luego, con una red que tenía y traía de ordinario consigo, y otras veces con un anzuelo, fue al río y pescó un pez gordo. Luego quiso echarla de anfitrión y dijo que él les había de dar de cenar y no había de llegar otro al fuego sino él. Y levantándose los hábitos de los brazos, les hizo de cenar y les dio a todos muy atentamente; y él se retiró debajo de una carreta, sacó una mazorca de maíz y esto sólo fue su alimento*¹⁰³.

Después les dijo: *No tengan miedo que mañana a las nueve pasarán el río tan claro como un espejo. Y así al día siguiente a las nueve, que fue la hora en que el siervo de Dios había dicho, pasaron el río sin ninguna dificultad. El río estaba tan claro y tan bajo que no llegaba a los estribos de las cabalgaduras..., y después de haber pasado el río los unos de esta parte y los otros de la otra, estando el río muy bajo, claro y manso, como tiene dicho, luego al instante volvió a estar muy caudaloso y sin poderse navegar ni vadear como antes, sin haber llovido por entonces para que se atribuyese su creciente al agua llovida*¹⁰⁴.

Siguieron adelante en el camino y, en un paraje llamado *El Hospital*, llovió tanto que Vildosola quedó hecho una lástima, mientras que con asombro vio que el padre estaba tan fresco como si nada, y le dijo: *Padre mío, ¿cómo yo vengo mojado y vuesa paternidad lo trae seco? Y respondió: “Provéalo Dios”*¹⁰⁵.

Cuenta el padre Juan de Castilla que, estando el padre Solano en la provincia de La Rioja (Argentina), *se había secado un río que allí había, cosa que dicen los naturales que solía hacer de mucho a mucho tiempo, y que salieron algunos y particularmente la justicia a ver si hallaban agua. Y el padre fue con ellos y les iba consolando y animando diciendo que tuviesen confianza en Dios que no les faltaría agua. Y todos iban casi desconfiados; porque, no hallando agua, habían de despoblar la ciudad. Y llegaron a un paraje quebrado y allí el padre Solano empezó con un palo a herir la tierra y a decir: “Ya viene agua, que Dios nos la envía”. Y con esto empezó a salir agua de manera que tiene tanta como dos cuerpos de bueyes, que era la que solía tener antes de venir. Y, desde*

¹⁰² ASV(Archivo Secreto Vaticano) N° 1.328, fol 472-475. El testimonio de Miguel de Luna está en el ASV N° 1.336, fol 190.

¹⁰³ ASV N° 1.328, fol 1.078-1.079.

¹⁰⁴ Ib. fol 1.783-1.784.

¹⁰⁵ Ib. fol 1.079.

entonces acá, nunca les ha faltado y todos lo tuvieron y tienen hoy en día por milagro que Dios había hecho por medio del padre y así es público en toda la provincia de La Rioja ¹⁰⁶.

Fray Bartolomé de Solís certificó: *Todavía se conserva una fuente que milagrosamente salió agua en aquella ocasión y llaman hasta hoy la fuente del padre Solano* ¹⁰⁷.

SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO (1538-1606)

La vida de santo Toribio es una vida apasionante, llena de aventuras. Era un padre para todos, especialmente para los indios y negros, que encontraban en él un padre amable que los acogía con cariño y les ayudaba en todas sus dificultades. Su celo por la salvación de las almas lo llevó a los lugares más remotos de la gran geografía del Perú.

A pie o a mula, hizo grandes esfuerzos y se expuso a muchos peligros para encontrar a los indígenas. Tan pronto estaba junto al mar en la costa peruana como estaba subiendo a 3.000 metros de altura en la Sierra. Dormía sobre un jergón de paja en cualquier bohío de paredes de adobe. Muchas jornadas las pasaba sin comer, porque no había. Se expuso a las inclemencias del tiempo con lluvias, tempestades, fríos y calores, hasta sufrir agotamiento en algunas oportunidades o caerse en aquellas agrestes quebradas, pero nada lo arredraba con tal de salvar las almas de sus fieles.

Fue un modelo de pastor y un santo extraordinario, que no se contentaba con visitar a sus ovejas, sino también oraba y hacía penitencia por ellas. Su vida nos deja un ejemplo de humildad, caridad y amabilidad con todos, pero también de fortaleza con las malas autoridades.

Celebró concilios y sínodos, organizó la arquidiócesis que abarcaba desde Nicaragua hasta Chile y Argentina. Las normas surgidas de estos concilios y sínodos tuvieron validez hasta el concilio plenario latinoamericano de 1899.

Tuvo dones sobrenaturales como profecía, resplandores sobrenaturales, hacer milagros, sanar enfermos, entender lenguas sin entenderlas, etc.

a) CUANDO SANCHO DÁVILA CREYÓ MUERTO AL ARZOBISPO

¹⁰⁶ Proceso de Lima, p. 81.

¹⁰⁷ ASV N° 1.328, ib. fol 1.373; 1.472; 1.539; 1.553; 1.582.

Sancho Dávila informa: *Sabe este testigo que andando visitando la provincia de Moyobamba en este arzobispado a trescientas leguas de esta ciudad, que es a la orilla del río Marañón, en compañía y servicio del señor arzobispo y teniendo noticia que en unos pueblos contiguos que estaban despoblados se habían quedado algunos indios cimarrones y delincuentes, por estar ocultos y no queriendo venir a reconocer sus curas... determinó ir allá, no habiendo descubierto camino por donde ir, por ser montañas... Fue desde la ciudad de Moyobamba hasta el pueblo de los Naranjos y de allí al pueblo de los Olleros, a pie más de 30 leguas, por ríos, ciénagas y montañas, sólo a buscar aquellos indios cimarrones que tiene dicho y adoctrinarlos y confirmarlos y sacarlos y reducirlos adonde pudiesen tener curas que les administrasen los sacramentos y halló en los dichos pueblos más de cien ánimas, entre chicos y grandes, unos de más de 20 años por bautizar y otros de más de 80 de los que allí se habían quedado.*

Bautizólos por su persona, confirmólos a todos, sacó los que pudo por buenas razones adonde estaba el cura que los doctrinase y yendo a los pueblos por la montaña, ríos, ciénagas y lodos, ayunando como ayunaba, a pie descalzo, porque en los dichos ríos y ciénagas se quedaban los zapatos y medias y aun los pellejos de los pies. Vino a desmayarse y a quedar sin vigor ni fuerza ninguna y los indios que con este testigo iban con los ornamentos para decir misa y con los óleos y crisma para confirmar y bautizar, viéndole desmayado, tendido en el suelo que no hablaba, tomaron un palo largo de la montaña y con tres o cuatro mantas de los dichos indios le ataron a manera de andas y le cargaron, lloviendo gran suma de agua del cielo y ríos del suelo y caminaron a alcanzar a este testigo que se había adelantado y cuando llegaron, preguntando por su amo este testigo a los dichos indios, le dijeron en su lengua “manquan” que quiere decir en la castellana ya murió.

Este testigo sacó lumbre de unos palos que en la montaña había, sin yesca ni pedernal, e hizo candela. Este testigo solo con los dichos indios, porque los demás criados no habían llegado, le cercó de lumbre alrededor y con un paño de una almohada de su cama, que en las andas iba, calentándolo fuertemente y refregándole el corazón y pecho y lo demás del cuerpo, vino a tomar calor y hablar al cabo de dos horas, con tanta alegría y como si no hubiera pasado nada por él... No cenó nada, lo uno porque ayunaba y lo otro, como no era tierra poblada sino montaña, no había cosa que comer. Durmió aquella noche en el suelo en la dicha montaña, que no había (cama) ni peñas donde meterse, mas que gran cantidad de osos y leones y monos, tan grandes como carneros. Y al fin amaneció y era día de fiesta e iban llegando los criados, poco a poco, descalzos y bien mojados y con todo esto, armaron en la montaña debajo de unos árboles, una barbacoa, hecha de palos y cañas y con los fieltros y capotes, hicieron un

cercos a manera de capilla y dijo misa Su Señoría Ilma., como si no hubiera pasado nada por él y, volviendo a caminar por la montaña hasta llegar a un pueblo que llamaban los Olleros, que era de un fraile mercedario, el cual fraile salió al camino con algunos regalos y no quiso recibirlos ni comer nada, así por ayunar y lo otro porque hacía algún escrúpulo de comer antes de entrar en los pueblos, donde iba a visitar y confirmar, que estaban obligados a darle la procuración que es la comida. Y solos los criados comieron lo que el fraile llevaba y esto a escondidas de Su Señoría Ilma., porque si lo supiese no les dejara comer hasta entrar en el pueblo, donde se había de dar la procuración.

Lo que fue caso y suceso milagroso de haber vuelto en sí con tan poco refrigerio para su cuerpo en tan grave tiempo y con tan poco regalo y se admiraron todos los presentes y juzgaron por cosa milagrosa, porque Nuestro Señor obraba en esto y ayudaba al santo varón conforme a su buen celo y oficio pastoral... en que se empleaba; y así mismo... otras veces vio este testigo que caminaba de un pueblo a otro en la sierra y viendo algunos indios que estaban en ciertas honduras y huaicos y despeñaderos muy peligrosos, bajaba allí que ni a caballo ni a pie se podía bajar y se apeaba Su Señoría Ilma. de la mula y se arrojaba por el despeñadero abajo con un bordón en la mano, cayendo y levantando, sin que pudiese seguirle criado ni indio y llegaba adonde estaban estos indios y hallaba algunos de ellos sin bautizar y otros por confirmar; y haciendo llevar las crismeras y óleos y el pontifical, allí los confirmaba y hacía lavar las vendas a un capellán suyo en el río, donde fuesen las crismeras, y quedarse a dormir él y sus criados que habían bajado allá, en el suelo, sobre un poco de paja, sin cama ninguna y luego para salir de aquellas honduras, buscar remedio para salir al camino real muchas veces con gran riesgo de su vida y de sus criados ¹⁰⁸.

b) CON INDIOS DE GUERRA EN HUANCABAMBA

Gaspar Lorenzo declaró por haberlo visto y oído decir que, saliendo del asiento y nueva población de San Cristóbal de Catahuasi, atravesó la cordillera de nieve que hay de allí al pueblo de Huancabamba, con mucho riesgo de su vida y de los que le acompañaban, por estar los caminos ciegos y los portachuelos cerrados, por ser el tiempo más áspero y riguroso de todo el año.

Y asimismo sabe que, saliendo el dicho siervo de Dios de la provincia de Chinchicocha para la de Huánuco, con ánimo y disposición de entrar tierra dentro a los indios de guerra, sobre los que se hablaba vivamente, sin que el siervo de Dios atendiese a los imposibles que le proponían de malos caminos que era preciso pasar a pie, por montañas asperísimas, ríos profundos y caudalosos,

¹⁰⁸ AAL (Archivo Arzobispal de Lima), año 1631, fol 47 ss.

y recibimiento que le habían de hacer con dardos y flechas herboladas y atosigadas con veneno, este declarante, temeroso de la muerte que veía a los ojos, se despidió y apartó de la compañía y servicio del dicho siervo de Dios, y se retiró a su casa, donde después oyó decir cómo dicho arzobispo don Toribio, atropellando y posponiendo dificultades e imposibles, entró la montaña adentro y pasó a la guerra, donde estuvo muchos días, procurando reducir aquella gente indómita y feroz, que por las faldas de los montes en emboscadas y en riberas de los ríos aparecían ejércitos de indios armados, y en saliendo el dicho siervo de Dios a la campaña con su cruz por delante, luego que le vieron, sin disparar flecha alguna ni formar acometimientos, temerosos y fugitivos desaparecían.

Y que don Sebastián de Loyola, que hacía oficio de secretario, y demás personas que iban sirviendo y acompañando al dicho siervo de Dios, viéndole en aquellos riesgos, postrados de rodillas, le suplicaban y pedían se retirase, porque, de no hacerlo así, habían de morir todos en aquella montaña a manos de aquellos bárbaros.

Y habiéndolos oído el siervo de Dios, encendido su rostro con el fuego del amor de Dios y llevado de la caridad evangélica, proseguía en su demanda diciendo que “no podía haber guerra donde estaba la paz de Dios”. Y prosiguiendo con su determinación, se daba prisa hasta que, alcanzando algunos indios de los emboscados en la ribera, los regaló y echándoles su bendición los despachó a que llamasen a los demás. Y pospuesto el temor y aficionados a los rayos de luz que vieron salir de su rostro, vinieron muchos de ellos, a los cuales dispuso y catequizó, para que recibiesen el sacramento del bautismo, en lo cual se ocupó mucho tiempo.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído la vida de algunos santos beatificados o canonizados por la Iglesia, entre tantos misioneros que dieron su vida por difundir la fe, podemos en primer lugar sentirnos orgullosos de nuestra fe católica. Los españoles dejaron su lengua y su fe entre otros muchos bienes culturales, artísticos o económicos. Fundaron escuelas y hospitales y universidades. Se preocuparon de la educación de los indígenas y un caso muy especial a tener en cuenta fueron las famosas misiones o reducciones del Paraguay, que llegaron a un elevado grado de civilización y de riqueza material y de vivencia de la fe. Pero todo ello se fue a pique, cuando las autoridades españolas se vieron contagiadas por las ideas libertarias de la Revolución

francesa, tratando de apagar la fe y expulsando a los jesuitas, con lo que los indios guaraníes de las reducciones quedaron prácticamente abandonados y, poco a poco, se fueron extinguendo. Sus poblados quedaron en ruinas en medio de la selva como un recordatorio perenne del desastre en que todo termina cuando se quiere apagar la fe, como si toda la felicidad solo dependiera de la cultura laica o del dominio de la razón sobre la vida espiritual.

Como conclusión, solo me queda acudir a la historia para que las generaciones jóvenes aprendan del pasado que sin Dios, el mundo se hace más inhumano cada día y los gobiernos ateos son los más crueles que ha generado la humanidad. Como ejemplo veamos al nazismo, al comunismo y a otros regímenes ateos con distintos nombres.

Vivamos para Dios, vivamos para la eternidad, porque un día, más pronto que tarde, Dios nos pedirá cuentas de nuestra vida. Y en ese momento ¿de qué nos habrá servido el haber luchado contra Dios? Que Dios los bendiga por medio de María y no se olviden que tiene cada uno un ángel custodio, que es un amigo inseparable de toda la vida y les acompaña en todos los momentos durante el viaje de este mundo. ¡Buen viaje!

Tu hermano y amigo para siempre.

P. Ángel Peña O.A.R.

Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

Acosta J., *Historia natural y moral de las Indias*, Madrid, 2010.

Cardiel José, *Las misiones del Paraguay*, Madrid, 1989.

Cepeda F.A., *Flores de América o biografía de los santos y beatos en el Nuevo Mundo*, Barcelona 1922.

Cieza de León Pedro, *La crónica del Perú*, Madrid, 1984.

Cobos M.E., *Nuevos Mundos, nuevos santos*, Ed. publicaciones españolas, Madrid, 1962.

Cortés Hernán, *Cartas de relación de la conquista de México*. Ed. Espasa, Calpe, Madrid, 1986.

Cortés Castellanos, *Diario de Colón*, Valladolid, 2006.

- De Azcona Tarsicio, *Isabel la Católica*, BAC, Madrid, 1964.
- Díaz del Castillo Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, 1984.
- Egaña Antonio, *Historia de la Iglesia de la América española*, BAC, Madrid, 1966.
- Hernández B., *Bartolomé de las Casas*, Ed. Taurus, Barcelona, 2015.
- Iglesias Ortega, *Bartolomé de las Casas, cuarenta y cuatro años infinitos*, Sevilla, 2007.
- Jaramillo Diego, *Santos de América*, Ed. Minuto de Dios, Bogotá, 1987.
- Lopetegui y Zubillaga, *Historia de la Iglesia en la América española*, BAC, Madrid, 1965.
- Messori Vittorio, *Leyendas negras de la Iglesia*, Ed. Planeta, Barcelona, 1996.
- Presas J.A., *Grandes testigos de nuestra fe*, CELAM, Bogotá, 1986.
- Stelhe E., *Testigos de la fe en América Latina desde el descubrimiento hasta nuestros días*, Ed. Verbo divino, Estella, 1982.
- Suárez Lis, *Isabel la Católica*, Ed. Folio, 2004.
- Toribio de Benavente (Motolinía), *Historia de los indios de la Nueva España*, Ed. Alianza, Madrid, 1988.
- Valdivia Pedro de, *Cartas de la relación de la conquista de Chile*, Santiago de Chile, 1974.
- Varela C., *Cristóbal Colón, Retrato de un hombre*, Ed. Alianza, Madrid, 1992.
- Varios, *Actas del II Congreso internacional sobre franciscanos en el Nuevo Mundo*, La Rábida, 1987.
- Varios, *Isabel la Católica, simposio internacional*, BAC, Madrid, 2022.
- Villegas J., *Fiel y evangelizador: Santo Toribio de Mogrovejo, patrono de los obispos de América latina*. Montevideo, 1984.